

Cualquier cosa, menos quietos

# UNIVERSO CENTRO

Número 67 - Julio de 2015 - Distribución gratuita - [www.universoctrato.com](http://www.universoctrato.com)



4

El San Javier de la memoria

8

Castigados por un minuto

12

Guía de cine

16

Whatsapp África

20

Bachillerato con Latina Stereo

22

Las misas no son para los perros

24

Chan con chan

UNIVERSO CENTRO  
Publicación mensual

## DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

## EDITOR

— Pascual Gaviria

## COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora

— Guillermo Cardona

— Alfonso Buitrago

— David E. Guzmán

— Andrés Delgado

— Anamaria Bedoya

## DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

## DISTRIBUCIÓN

— Erika, Didier, Daniel y Gustavo

## CORRECCIÓN

— Gloria Estrada

## ASISTENTES

— Sandra Barrientos

— Catalina Ortíz

— Carolina Martínez

Es una publicación de la  
Corporación Universo Centro

Número 67 - Julio 2015

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA



## Un muchacho educado y gentil

**B**ernard Hinault mira la carrera desde la escotilla del carro rojo que escolta a los ganadores de etapa en el Tour de Francia, a los solitarios que alucinan con la falta de oxígeno, a los encalambrados que intentan coronar la emboscada planeada en la noche, a los líderes que solo miran adelante. Desde esa ventana envidiable, Hinault ha visto a Nairo en sus ataques silenciosos, sin muecas, sin balanceos, ejecutados con su intuición y su fuerza. El último francés que ganó el Tour de Francia, hace treinta largos años, suspira cuando lo ve subir el Alpe d'Huez: "Su historia le ha ayudado a ser lo que es hoy. Su vida no ha sido fácil, como no lo fue la mía. Eso forja un carácter. Me veo reflejado en él". Es difícil que Nairo Quintana quisiera verse reflejado en Bernard Hinault, nació cinco años después de que el bretón ganara el último de sus cinco Tours. Hinault, hijo de campesinos franceses, reconoce el Renault 4 del papá de Nairo.

Quintana, a sus veinticinco años, se ha convertido en un referente para el apenuscado lote del ciclismo mundial, para los aficionados que los corretean desde la orilla y para los periodistas que los persiguen con motos, carros y drones. Mientras Froome era refrescado con orines, Nairo recibía el aire de los gritos inaudibles a esas alturas. Christian Prudhomme, director del Tour de Francia, comparte con el público y con Hinault sus sentimientos por Nairo. Quisiera sacar la bandera colombiana desde la escotilla del carro rojo que preside la carrera: "El público le quiere y yo le admiro. Los aficionados y yo le amamos porque es un escalador que ataca, y esos son los corredores preferidos, y además es un muchacho educado y gentil". Detrás de Prudhomme, en la fila de elogios al que ya nadie llama escarabajo, está su rival, su verdugo, su compañero de pedal, Chris Froome que también quiere ser un reflejo de Nairo: "Y yo también le admiro, la forma en que ha asumido sus responsabilidades, lo buena persona que es, la manera en que prepara sus ataques y los lanza, y me veo reflejado en él".

Nairo ha hecho en tres años un poco más de lo que hizo el ciclismo colombiano en los gloriosos ochenta. Ya ganó una grande y la montaña del Tour como Lucho, ya fue podio del Tour y campeón de los jóvenes como Parra. Y ganará el Tour como lo dijo Prudhomme hace cuatro años y como lo dijo Nairo, con prudencia, tres meses antes de ser segundo en 2013:

—¿Se ve usted ganador del Tour?  
—Me da miedo decirlo, pero sí. Me veo ganador del Tour en el futuro, pero no me quiero ni ilusionar ni equivocar por ahora".

También los periodistas tienen sus ideas sobre Quintana. Carlos Arribas que escribe su día a día del Tour para El País de España habla de la relación del Nairo con Unzue, su director. El mismo que ganó cinco tours consecutivos con Indurain. Cuando Unzue dice que el colombiano, un simple jovencito, aprende muy rápido, el periodista que los ha seguido en la carretera entiende otra cosa: "No es que Quintana aprenda muy rápido sus lecciones, sino que es él, Unzue, quien las recibe día tras día, y demuestra que aún tiene capacidad para asimilárselas. Es Unzue, precisamente, uno que dirigió a Perico e Indurain, quien con Quintana ha podido volver a diferenciar lo importante de lo muy importante".

Nairo no corre con "pingalillo" en las etapas claves, el audífono con la voz del director lo distrae en sus cálculos, tampoco se concentra en la pantalla que marca la potencia del pedaleo y les ayuda a regular su esfuerzo. Para él eso es la bicicleta estática. Su medidor es distinto: "Mi papá tenía un coche muy viejo sin tacómetro, y medía la gasolina metiendo un palo en el depósito y viendo hasta dónde manchaba. Y mirando al palo ya sabía para cuántos kilómetros tenía, hasta dónde podía llegar. Ahora los ciclistas van todos pendientes del SRM, de cuántos vatios mueven en cada momento, y les dicen tira a 400, y ellos se ponen a eso, pero no saben si van a poder resistirlo ni cuánto tiempo. Yo me conozco. Puedo correr sin SRM y, como mi padre sin tacómetro, calcular cuánta gasolina tengo, hasta dónde puedo llegar".

Nairo tiene de Lucho, de Parra, de Botero, de Rincón, mucho de Oliverio Rincón, de Soler, de 'Cacaito', de Flórez, de 'Condorito', de 'Patro'... se podría decir que un poco de lo mejor de todos. Para muchos es el mejor ciclista del mundo, fue segundo en su primer Tour, y ganará varios. Colombia tiene el mejor del mundo en uno de sus deportes insignia. Nairo nos hará felices.

## Sufrir una erección en un funeral

por ROBERTO PALACIO

Ilustración: Cachorro



**N**o pensé que el lapso de una vida fuese suficiente para ver nacer una tradición china. Pero una nueva ha llegado a la vida, y tan rápido que por poco no nos damos cuenta. Por alguna razón que escapa a la comprensión —como sucede en toda tradición respetable—, los chinos acaban de decidir que la mejor manera de despedir a sus muertos es con show de desnudistas. No se trata de ninguna figura poética, ni de una dicción de mal gusto; entre los chinos se ha convertido en moda llevar bailarinas nudistas a los entierros para asegurar la suerte del occiso en el más allá. ¿De qué diablos estoy hablando? Responde con seriedad el medio noticioso *Salon.com*: "En abril de 2015, el Ministerio de Cultura de China emitió un comunicado anunciando una persecución policial a las apariciones de desnudistas en funerales, costumbre que el gobierno ha estado tratando de erradicar por algún tiempo. De acuerdo con el *Wall Street Journal*, a las desnudistas por lo general se les contrata con el propósito de atraer a más gente a los sepelios con el fin de aumentar la buena fortuna del occiso en el más allá".

Como con tantos inventos occidentales, Oriente ha tomado a la estríper y la ha llevado a una potencia insospechada. La estrategia, hay que admitirlo, se nos escapó. Nosotros limitamos la esfera de acción de la danzarina exótica al bar para adultos; la asociamos al sucio sentimiento del deseo lascivo. Los chinos no vieron esa contención: la bailarina brinda felicidad, sea donde sea. Incluso en el más allá. Vaya uno a saber por qué no se le había ocurrido a la Iglesia católica en los vastos subterfugios en donde los católicos pierden la fe o asisten a misa roñosos por la resaca; a los senadores en las bancadas del Senado; a los jueces en los estrados en donde el reo decide ser ausente: ¡llevemos una maldita desnudista!, cénit del gancho, cúspide del atractivo, atavío de la libertad para hacer aquello que uno en realidad no quiere hacer y asistir a donde uno no quiere asistir.

Sigue *Salon*: "Fotos de un funeral en Handan en la provincia norteña de Hebei en marzo del 2015 mostraban a una bailarina mientras se removía el sostén ante una muchedumbre de parientes y niños de la familia".

Ahora se las ve merodeando por las casas funerarias proponiendo su espectáculo. Pero el gobierno no sabe cómo quitarle de encima esta libertad. Es obvio que las mujeres son las primeras en defender sus recién adquiridos derechos. Con hasta veinte

presentaciones al mes, a un promedio de 320 dólares la despedida de cadáver, unos dos mil yuanes, la muerte se ha convertido en un negocio picante y rentable.

Es curiosa la costumbre, su hipóstasis, su desmesura. El dinero no es la única fuente de perplejidad. Si en Norteamérica se ponen de moda las alitas de pollo, el resto del mundo consumirá de pavo creyendo que con ello es más libre. Vivimos en un mundo donde todo puede hacerse a mayor medida, pero nunca a menor escala. Por el sutil arte de la sutileza hay que cantar un réquiem especialmente pudoroso porque descansa sin paz. Hace mucho tiempo cuando mi madre me explicó que en algunos funerales contrataban personas para llorar se me hizo incomprendible... ahora esto es como regresar al punto cero. Porque entre todas las cosas del mundo que se le pudieran a uno ocurrir para dejar descender sobre la morada del amado el descanso final, mariachis, celulares encendidos... entre todas las que se pueden asociar el ocaso final, una estriptisera tiene que ser la más inadecuada.

La muerte de David Carradine, cuando sucumbió masturbándose amarrado del cuello en el armario de un hotel en Bangkok, ya había sugerido una colusión insospechada entre el kung-fu de la China milenaria y el sexo sucio. Pero se trataba de Carradine... no sospechamos que llegaría hasta el chino promedio, el buen abuelo Wei, el occiso, el hombre que sonreía como el mismo Buda y cuyo vientre colgaba de manera semejante a un puente de bambú. No solo se piense en el abuelo, considérese la suerte del pequeño Feng quien por primera vez ve una teta en el funeral del abuelo que le enseñó a jugar mah-jong. El mundo contemporáneo es un rompecabezas caprichoso en el que las piezas se pueden poner juntas, pero la imagen resultante siempre carecerá de sentido. ¿Cómo diablos este acto desmedido lo ha purificado o le ha dado paz al difunto? Las preguntas proliferan y se vuelven complejas: ¿es correcto desarrollar lentamente una erección en un funeral?, ¿a la bailarina exótica la viuda ha de ofrecerle comida luego de la función?

Una cosa es cierta: las autoridades han atribuido el fenómeno a la occidentalización de China en las últimas décadas, y quizá tengan razón. Lo que nunca sospechamos es hasta qué punto el precio de esa conversión era la extravagancia. Porque en un mundo que recién descubre el plástico, las *sitcom* y ahora el sexo cerrero, el nuevo reto no solo es lograr que estas cosas hagan parte de la fórmula de la felicidad, sino —como para el resto de nosotros que ya contábamos con desnudistas—, saber qué diablos es lo que nos hace felices.

# El San Javier de la memoria

por JOSE GABRIEL BAENA & GAVIRIA

Fotografías archivo familiar



## La casa

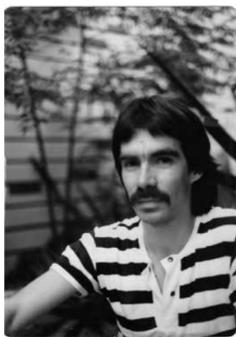
Cuando nací, la familia vivía en el puro San Benito, en la esquina de la calle La Paz frente a la estación del tren que venía desde muy lejos, de Puerto Berrío. Allí bajaban los miércoles centenares de novillos que iban para el matadero, que quedaba más o menos donde hoy es el puente de la calle Colombia. Simplemente soltaban desde los vagones esa multitud de bestias de grandes cuernos que corrían en estampida como en las películas del Oeste, y entonces los vecinos tenían que resguardarse en sus hogares, a mirarlos desde las ventanas “de asiento” hasta que los arrebaban los peones. Era una ciudad medio rural, carrasquillesca. La casa era de mis abuelos maternos, era enorme, con muchas habitaciones en fondo, en seguidilla, dos patios y un solar muy grande donde había una ardilla color miel. En la cocina todavía se usaba ese artefacto para proteger de las ratas las viandas delicadas, carnes, legumbres, que se elevaba con un lazo y se perdía en la oscuridad, como en algún poema de cartilla. Había una despensa o cuarto útil de ahora que era toda una habitación, con

puerta verde, en donde nos colábamos a jugar escondidijo los niños, que conmigo ya éramos cinco, muchos, y eso fue lo que provocó que mi papá buscara y consiguiera un crédito de “la Cooperativa” —de Habitaciones— para construir una casa propia en San Javier. Nos pasamos, según me cuentan mis hermanas, el 7 de agosto de 1956, a la casa todavía en obra negra marcada con el número 99A-62 de la calle 49. El fin del mundo. Ahí se acababa la nomenclatura de Medellín y empezaban el campo, el monte, las quebradas, la libertad, el cielo. La calle no estaba pavimentada. Era tierra y cascajo. Al frente había una finca inmensa, una casona antigua de tapia, propiedad de don Juan Paniagua, quien sería entrañable para nuestra familia. Al lado de esa finca, llena de árboles de mango, estaba la de doña Teresita, con una plantación de café. Y más allá, el corregimiento de El Socorro, lugar de hermosos negros musiqueros y cazadores y los mejores fabricantes de globos y de pólvora de la ciudad. ¡Ah! Y de soberanas y gigantes cometas. La Banda Paniagua fue durante años la “animadora”, si me lo permiten decir, de las procesiones de Semana Santa, y fue también la misma que

resonaba pasodobles en las corridas de toros en La Macarena. Los Paniagua también eran, ya lo dije, cazadores. Muchísimos sábados madrugaban, tomaban como base de operaciones la finca de don Juan con sus esbeltos perros ingleses cruzados con sangre criolla, sus escopetas, sus caballos, y se perdían monte arriba, trepando hacia San Cristóbal, a esos bosques nativos, a las quebradas de El Tobón, a la torrentosa Iguaná, y bajaban al crepúsculo con sus presas: liebres, armadillos —que llamaban “guaguas” —, y no sé qué más desventurados animalitos. Ya volveremos con los Paniagua.

Como no soy una escritora feminista de las que ocultan su edad en las solapas de los libros, diré que nací el 25 de diciembre de 1952 en la clínica León XIII del Seguro Social, de modo que cuando nos pasamos a San Javier yo tenía tres años y medio y es desde entonces que más o menos recuerdo el mundo, hasta hoy cuando empiezo a olvidarlo de una vez y para siempre con esta crónica. La casa, como dije, en obra negra, la había diseñado el ingeniero Evelio Ramírez Martínez —futuro alcalde—, y como casa dibujada por

ingeniero no era bonita pero sí muy sólida, de dos pisos, y con un solar muy grande que fue dividido para el jardín de mi mamá y el patio de las gallinas ponedoras. No había llegado todavía la luz a nuestra cuadra, de modo que por la noche nos alumbrábamos con unas inmensas lámparas Coleman, lo que producía un efecto fantasmal. Pronto la familia se volvió uña y mugre con la de don Juan, y dos de sus hijas venían a planchar la ropa y a ponernos las inyecciones de turno para los males de la niñez, muchísimos, y nos contaban historias de brujas y aparecidos que nos llenaban de pavor a los muchachitos, y que se juntaban con los otros cuentos de Nanda, nuestra señora del servicio propiamente dicha. De toda esa cuentaría creo que se formó en mi espíritu de niño la vocación por la narración, por los libros, que había en la casa por centenares, y no en la escuela. Muchos libros, porque mi papá don Bernardo era librero de “la América, frente a la puerta del Perdón de la Candelaria” y de los Baena de la librería La Pluma de Oro, de las más antiguas de la ciudad, fundada en 1912 por don Guillermo Johnson. Un vívido recuerdo de esa época sin luz es del día en que fue derrocado el dictador Rojas Pinilla, el 10 de mayo de 1957: sentados en el murito del antejardín en la oscuridad del crepúsculo las señoras vecinas no paraban de decir “¡Cayó Rojas, cayó Rojas!” y yo miraba sin entender nada hacia unas lucecitas precisamente rojas y lejanas de la ciudad, que titilaban allá por oriente... Bobo que es uno de nacimiento, y eso no se quita, y a mucho honor, más hoy cuando dicen que todo niño nace aprendido y con su *tablet* bajo el brazo. Pero siguiendo y para terminar con los Paniagua, aunque no quisiera, debo hacerles el honor de reseñar aquí los espléndidos juegos de pólvora de la dura y la de luces que organizaban en los diecinueve y en las fiestas parroquiales, y justo, repetiré hasta el cansancio, frente a mi casa. Y los globos majestuosos de 144 pliegos, que se inflaban con un gran mechón oloroso a petróleo, recuerdo, sí, recuerdo..., y necesitaban que un tipo se subiera a uno de los mangos altos para sostener el cucurcho mientras se elevaba hasta perderse confundida la luz de su candelita con la de las estrellas. Para rematar entonces con las cometas “mesas” y “medias-mesas” de tela y de esbelta armadura de caña, que ayudábamos a subir al morro para elevarlas las tardes de sábado con enormes tambores de fina cubaya. ¡Honor a los Paniagua, inspiración de mi niñez!



Jose Gabriel Baena (1952-2015) fue un escritor beat iniciado por los nadaístas en Medellín. La Piloto fue su garita durante muchos años. Desde ahí ejerció su tranquila desobediencia, sin prisas, sin gritos, solo con la pluma discola en sus libros arcanos, atravesados, burlones. Fue nuestro amigo, nuestro comentarista de rock, nuestro caminante. Deja un hueco un UC, era un titular de esta nómina, un amigo veinte años mayor que nos hacía sentir viejos.



## El templo, la escuela

Como casi todos los templos de Medellín en los años cincuenta y sesenta, el de Nuestra Señora del Carmen fue construido a punta de empanadas. El parquecito del barrio, con un lago y una pata y tres patitos, dos columpios, un matacullín, un deslizadero y un “pasavolante”, era los sábados y domingos el centro de reunión de una docena de señoras-bien con sus empleadas del servicio, que llevaban sus grandes pailas freidoras y sus hornillas de carbón para el efecto: la producción de centenares de empanaditas de papa muy ligeramente teñidas de carne, deliciosas a morir, amenizadas por música radial de carrilera que aún no llevaba ese detestable nombre. La primera canción que oí en la vida, allí, decía: “Quisiera ser diablo, salir de los infiernos, con cachos y con cola, el mundo a recorrer...”. Eso me marcó. La energía para el amplificador la cogían de la casa de doña Barbarita, al frente. Venía el pueblo raso desde las colinas, desde La Loma, desde el entonces denominado corregimiento de El Socorro, y se montaba una sencilla fiesta donde no faltaban, presumo, los aguardientes para los señores. La construcción de “la iglesia” duró años —y nunca se terminó en verdad esa fábrica, con resultados que aún brillan por su fealdad—. El día que volví, no terminaba de subir el último peldaño del atrio cuando ya el monaguillo se estaba apresurando a cerrar las puertas, como si supiera que venía este blasfemo. No pude entrar. Si quiera. En ese templo pasé horas terribles en las misas interminables de cada ocho días, rodeado de mártires ensangrentados y sobre todo amilanado por la mirada del Terrible Juez en su cruz mediodesnudo. Lo que me lleva en *flashback* a las semanas santas, donde mi papá, cristiano de los de antes y Caballero de la Orden del Santo Sepulcro, marchaba con los suyos en la procesión nocturna del Viernes Santo, cargando el pesadísimo catafalco. Esa procesión tenía fama a este

lado del río y venían turistas de muchos barrios, una hermosura entre tinieblas. Muchas veces, en casa, me vestí con el hábito y el gorro puntudo, como los de las semanas santas de España, y me sentía por supuesto puro y manso, beatificado. ¡Vana ilusión que en el tiempo y sus dobleces misteriosos no se cumplió! ¡Y eso que leí tantas vidas de santos! Lo cual demuestra que en el mundo no hay justicia. En ese mismo templo de Nuestra Señora del Carmen hizo este niño su Primera Comunión el 29 de junio de 1960, hay foto, estaba en primero elemental, ya había aprendido a leer y era el mejor de la clase en la Escuela Pío XII, en el grupo de la Señorita Carolina. Deberé decir que durante mis cinco años en la Pío XII fui siempre el mejor, icé mucha bandera, gocé mucho aprendiendo inutilidades hoy casi todas olvidadas, como por ejemplo las largas y largas páginas de la *Oración a Jesucristo* de Marco Fidel Suárez con las que cerré el acto público de quinto grado, y que tardé medio año en memorizarlas, y también sufrí cantidades con los niños-bestias de gran tamaño que practicaban conmigo el matoneo, puras golpizas, que no es invento nuevo. Al hablar de “gozo” creo que me estoy refiriendo a los centenares de revistas de vaqueros y tarzanes que leí escondidas de los maestros en un recoveco del patio, durante los recreos de media hora, y que eran alquiladas por compañeros avisados, negociantes y triunfadores desde chiquitos. Esas revistas también se hallaban por montones en la Barbería Amigo de Luis Eduardo Vallejo, a donde mi papá me llevaba a “mutillar” al estilo “americano” cada mes: rapada total y objeto de burla y más golpizas de mis compañeros en la Pío XII. Quedaba la maldita peluquería justo bajando unos pasos de la 99 por la 44 (la calle San Juan terminaba allí, volteaba a la izquierda y una cuadra más arriba en la esquina de la iglesia se mezclaba con “la 100”), y para escribir estas líneas pasé por enfrente con intención masoquista: ni rastro de nada, una puerta gris metálica, plagada de grafitis. ¡Adiós a todo eso! ¡Ya no mires hacia atrás con ira! En venganza, por eso fui tan peludo después, y todavía. Una cuadrilla debajo de San Juan estaba la calle que bajaba hacia la escuela, desde el parque, y justo en la esquina de la escuela estaba la casa donde muchos años después viviría el mejor surtidor de la yerba bendita que acompañaría mis años de rock con los amigos de mi cuadra. Por todo el borde de esa calle bajaba uno de los brazos de la quebrada La Hueso, protagonista de mil inundaciones o “erecidas”, para delicia de los niños más atrevidos que se aventuraban, sostenidos con lazos, a pescar con las manos y con tarros de galletas extraños peces bigotudos, qué sé yo, “capitanes”, sabaletas.

## La cancha

Cuando nos pasamos, en la 49 solo había cuatro casas, la de don Gerardo con su kínder, la inmensa de don Iván,

que tenía una sensacional camioneta verde, uno de los pocos autos que había en San Javier, la de doña Cecilia con siete niños, y estaba en construcción la de don Tiberio. Entre casa y casa reinaban los matorrales, delicia para jugar al escondido, y detrás de todo ello una inmensa zona de unos cien metros de longitud, llena de arbustos y hierbas altas, donde de vez en cuando los muchachos más grandes cogían espantosas serpientes anaranjadas y las metían a morir en frascos, para espanto de los vecinos. Y detrás de esta peligrosa sabana africana bajaba desde El Socorro otro de los brazos de La Hueso, todavía cristalina y mansa, donde se podía pescar bajo el sol de la primavera pececillos de colores, buchonas, ranas, y admirar a los burlones sapos que nos acechaban de entre las matas de agua. La quebrada, por la 99, daba un peligroso doblez hacia la casa de don Gerardo, lo cual provocó que una mañana llegara una gran “catapila” —nombre medellinense para los bulldozers Caterpillar— que arrasó con la floresta y enderezó la quebrada, que se convirtió en torrente veloz, arrastrando con peces, sapos y libélulas. Quedó entonces esa gran superficie medio ondulada que pronto se convertiría en la única cancha de fútbol de San Javier, lugar futuro de fenomenales encuentros o desafíos con los equipos de los barrios cercanos, Santa Lucía, La Pradera, La América, Barrio Cristóbal, El Socorro. De la parte nuestra estaban los mejores jugadores que haya visto jamás, casi todos descalzos o con tenis rotos, William, Omar, ‘La Rata’, Horacio —el único con guayos porque el papá era talabartero—, Álvaro, Melo. Naturalmente los equipos se formaban al azar cada sábado o domingo, y el único más o menos estable al que pertenecí fue nuestro Independiente Huracán, donde yo era el mejor defensa que hubo en esos territorios hoy soñados, y me llamaban “la muralla de oro”. Nos ganamos un campeonato con trofeo y todo por allá en diciembre del 63, cuando yo estaba en cuarto elemental. Los jugadores de esos equipos fueron después casi todos diezmados por la miseria —yo era diezque de los “ricos” —, se volaron de la casa y se perdieron para siempre, o llegaban noticias de que los habían matado, cosa que ni siquiera nos llenaba de estupor. “Mataron a William”, contaba una señora mientras llenaba sus hermosos litros de vidrio en el coche de caballos de Proleche. “¿Sí?”, y seguíamos adelante con el día, con lo nuestro. Nuestro fabuloso portero de Independiente Huracán, Gabriel, era hijo de un señor muy gruñón que tenía una carretilla donde vendía cerca de la iglesia tres plátanos verdes, cinco bananos, chicles, papas viejas. Siempre se mantenía Gabriel con una gruesa chaqueta, aun en los más calurosos veranos, nadie nunca lo vio sin ella, y un día nos contaron que se había muerto. “Se mató Gabriel con unas pastillas, no vayan a ir a esa casa porque es mala educación”, dijo mi mamá. Y al atardecer pasaron frente a mi casa con el ataúd, rumbo al cementerio, sin pasar por la iglesia, castigo a los suicidas.



El cine

La primera película que vi en la vida fue *El hijo de la choza*, la vida de Marco Fidel Suárez, dirigida por Camilo Correa —el famoso ‘Olimac’, pionero del cine colombiano—. En blanco y negro la cinta, y en una sola copia, la paseó por los principales municipios de Antioquia entre finales de los cincuenta y principios de los sesenta. La vi, con la familia en pleno, frente a la finca de don Juan cuando todavía no había luz, proyectada con la energía de la batería de la “bola”, la camioneta de don Camilo, contra el muro trasero de lo que después sería “el edificio” (de cuatro pisos, una sensación). Recuerdo vívidamente que antes de la película dieron un corto sobre “los bandoleros” que plagaban el país: un par de ingenuas escenas donde los malignos emboscaban a bus y les robaban sus pertenencias a los pasajeros: la estática historia de Colombia, niños, que se repite a diario sesenta años después: “Todo es igual, nada ha pasado, el horizonte es el mismo...”. Esa primera y sorprendente conexión con el cine me fue reforzada cuando el padre Pedro, el párroco, se las ingenió para que en la bodega de la construcción del templo se proyectaran —para ayudar con las obras— cada domingo a mediodía las películas aptas para toda la familia que había en la ciudad. Unas pocas, como *Pollyanna*, con Shirley Temple,

*El mártir del calvario* —aunque no fuera temporada—, *Yo pecador*, *Torres negras*, *Pasión gitana*, muchas de Tarzán con Johnny Weismuller... Aunque también los proyeccionistas lograban colar espléndidas cintas para “mayores”, de vaqueros como *Los forajidos de la pradera*, o *La reina de los piratas* o *La masacre de Fuerte Apache*. Entusiasmado con el cine, el párroco logró construir, mucho antes que terminar la iglesia, y a pocos metros, el grandísimo teatro San Javier que de inmediato entró a competir con el Santander de La América. Allí vi unas doscientas de vaqueros, de comediantes como el fastidioso Jerry Lewis, de Cantinflas, de Viruta y Capulina. A veces al administrador del teatro se le iban algunas horribles e ininteligibles mexicanas en blanco y negro con Arturo de Córdova, Libertad Lamarque, Agustín Lara y ¡María Félix! En alguna de estas últimas aprendí la palabra “narcómano”, en lo que terminé por convertirme en la ancianidad. Pero la película que vi allí y la que más me maravilló, apenas a los diez años, fue *La ventana indiscreta*, de Hitchcock, a la que pude entrar con dificultad con la única boleta con que me gané algo en la vida, en un matinal, con el número 001492. El portero no me quería dejar pasar porque era “para mayores de catorce”, pero logré por fin escurrirme. De ahí mi vida siguió iluminada para siempre por lo que llamaban “la pantalla de plata”, frecuentando los cines de más abajo como el hermoso América, el Rívoli, y después los del centro, los clásicos, el Lido, el Ópera, el Metro Avenida, que ya no son objeto de esta crónica, hasta llegar a la cumbre borrascosa del mal que me partió la cabeza, *La naranja mecánica*, de Kubrick, en el 73.

El rock

El nadaísmo y el rock duro llegaron casi de manera simultánea a mi vida. Mi hermano mayor, Jesús, tenía un amigo del Liceo Antioqueño, Mario Zapata, que era un habilidoso guitarrista y solía ir los sábados por la tarde a mi casa, a tocar las primeras canciones de los Beatles, por allá en el 64. Y tenía un par de libros del naciente nadaísmo, recién fundado haría unos cinco años, *HK111* de Gonzalo Arango, no sé qué otro más. Esos libros no me interesaron mucho hasta el 67, cuando llegó a la casa con

*Los monólogos de Noé*, de Eduardo Escobar, y con un LP de los Stones, *Beggar’s banquet*, acompañando al prodigioso Sargeant Pepper de los cuatro de Liverpool. Esa combinación tan bomba, *oh brothers*, me llevaría en el 71 al misérrimo Festival de Ancón, en La Tablaza, burda imitación paisa del de Woodstock, de agosto del 69, cuya película vi el 25 de diciembre un año después. Creo que soy uno de los pocos peludos que quedan en Medellín con el álbum triple de esa cinta, que pongo en venta en este texto. El 1 de diciembre del 69 estaba en quinto de bachillerato, me compré mi primer disco de la vida y de los Rolling, su antología *Through the past, darkly*, cuya carátula octogonal importada y doble, con los cuatro Stones peludísimos al frente, causó sensación y repugnancia en mi casa. Era un homenaje póstumo a Brian Jones, el mejor músico de la banda, ahogado en su piscina hacía solo cinco meses. Con ese disco pues, más otros de los Beatles, de Led Zeppelin, de Jimi Hendrix, de Frank Zappa, de los Moody Blues, de Jethro Tull, y de otros grupos gringos, fui pasando esa horrorosa transición del bachillerato a la Universidad Nacional, que se mantuvo cerrada por las huelgas más grandes de su historia entre el 71 y el 73. Yo era el único y primer hippie triste de San Javier, recluido en casa, viajando cada dos o tres semanas al centro, a Junín, al parque de Bolívar, a las escalas de la catedral donde me encontraba sin hablar apenas con dos o tres mechuditos, hasta que llegó a la cuadra, a una casa nueva, una morena gordita que, de verme pasar por el frente con algún disco, se atrevió a llamarme a preguntarme por la música, etcétera. De un momento a otro me encontré fumando yerba con “Ángelus”, que también se mantenía en casa sin saber qué hacer con la vida. Ángela, extrovertida y entrona, pronto llevó a mi vida a otros amigos, entre ellos a Marcos, el de una casa casi en la esquina de la 99, y en los muritos de la casa de Marcos y de la mía nos fumamos entonces, entre el 73 y el 77 —cuando partí del barrio hacia las Europas, al lejano Estocolmo— unas tres toneladas de la terapéutica coliflor índica. Y nos oímos centenares de veces los mejores discos de ese grandioso Nuevo Renacimiento musical que fue el rock entre los sesenta y setenta, como dijo alguna vez Plant, de Zeppelin, “la sangre, el trueno y el martillo de los dioses”. En noviembre de 2014, tomando las notas mentales para esta crónica hablada, fui al barrio y me senté de nuevo en esos muritos de mi cuadra y de mi casa, donde hoy funciona una temible YMCA gringa: la asociación de jóvenes cristianos, irreconocibles las fachadas de las casas pero sí con los árboles crecidos que sembramos años ha, solo quedaron ellos, y juro que no sentí sino la nada nadaísta. Ni siquiera me invadió mi amada melancolía dureriana. Todo el barrio me pareció además de una pequeñez asombrosa, calles estrechas, multitud de negocios en lo que fueran las entrañables residencias de mis compinches, y centenares de antioqueños bullosos y pueblerinos, hasta un casino al frente de la iglesia: todo por el metro, aseguro, que llegó hace veinte años con su labor destructora, y que la alcaldía me disculpe. Pero tampoco, no seamos tan duros, sí, en mi visita de un sábado a ti, barrio de mi niñez y juventud, aprendí algo: que ese regreso fue —como en el eterno retorno de las cosas de Nietzsche o en una odisea interestelar— un viaje al futuro pasado donde las únicas herramientas para cruzar los pliegues del espacio-tiempo fueron el Recuerdo, la Levedad y el Amor. ☺



DETRÁS de la ALCANCÍA  
— esta la —  
UTOPIÍA

VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

Línea Confiable 444 1020 • [www.confiar.coop](http://www.confiar.coop)

UNIVERSIDAD EAFIT 55 años

Encuentro de egresados **alcampus 2015**

Sábado 22 de agosto  
De 8:30 a.m. a 5:00 p.m.  
Campus principal, Medellín

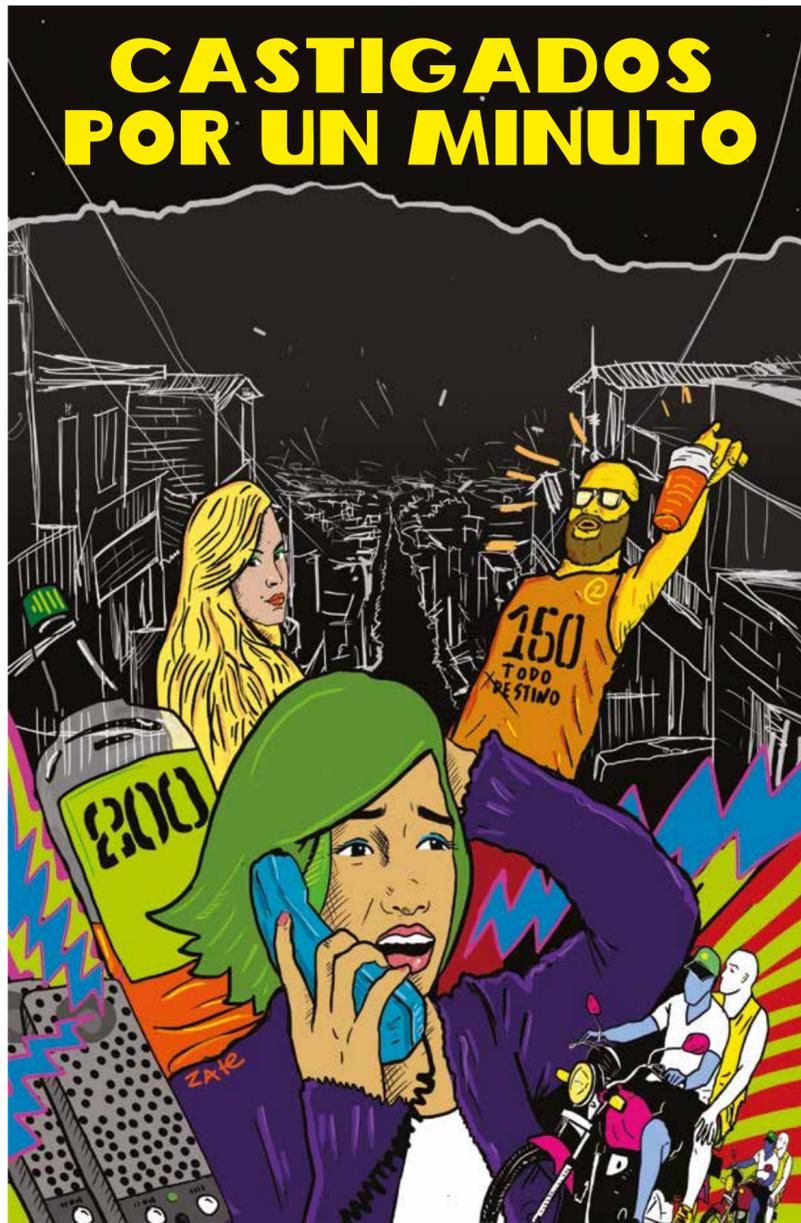
Celebra los 55 años de EAFIT en el encuentro de todas las generaciones

Inscripciones abiertas. Participación gratuita con cupo limitado.  
[www.eafit.edu.co/egresados](http://www.eafit.edu.co/egresados) | Línea de atención al usuario: (57)(4) 4489500

Participa en #alcampus2015

twitter.com/eafit\_egresados | facebook.com/egresados.eafit | instagram.com/eafit

Inspira Crea Transforma [www.eafit.edu.co/egresados](http://www.eafit.edu.co/egresados)



por YOLIMA MONSALVE CARVAJAL

Ilustración: ZATELITE

# CASTIGADOS POR UN MINUTO

Una ciudad. Cincuenta escritores debutantes. Cuatro puntos cardinales: Santa Cruz, El Poblado, Doce de Octubre, Guayabal. El resultado: veinte historias seleccionadas para compartir con nuestros lectores en una separata que publicaremos en la Fiesta del Libro. Después de dos meses de un taller de escritura, realizado por Universo Centro y el Plan Municipal de Lectura de la Alcaldía de Medellín, presentamos la historia de uno de los pupilos con afición por el teclado.

Una noche, a mitad de semana, cuando todo el mundo se acuesta temprano porque no hay nada que celebrar, mis amigos Danny, Carlos, Natalia y yo nos reunimos en una de las esquinas del barrio, en el límite entre La Maruchenga y París, a tomar vino, escuchar música, hablar y relajarnos en la acera de la panadería, sobre todo a relajarnos, porque cuando uno es adolescente solo quiere distraerse de las situaciones que le suscitan cualquier tipo de tensión.

—¡Tanta soledad la de París! —dice Danny que está sentado en el rincón de la acera.

—París a estas horas es como la Kelly a diario —agrega Carlos refiriéndose a mí mientras se levanta de la acera con una garrafa de vino en la mano.

—Ningún “la Kelly a diario” —digo yo siguiendo a Carlos con la mirada—. Una no sabe qué peligro esconde tanta soledad visible.

Carlos se pone frente a nosotros, dispuesto a servirmos un trago de vino en un vaso plástico.

—Sí o qué, parece. Más con esos pirobos de allá abajo —agrega Natalia.

—¡Qué miedo marica! Uno que no es de por acá —remata Danny, preocupado.

—Ay güeva, relájese que por acá no pasa nada. Es más, pa que no se agobie, yo invito a que amanezcamos todos en mi casa. Así no se va solo —le dice Carlos a Danny para tranquilizarlo.

—¿Y adónde vamos a dormir? ¿En el camarote, la doble-cama o la matrimonial? —le digo a Carlos en modo sarcástico.

—Este man como es, ¡nos pone a dormir con el perro! —comenta Natalia mientras juguetea con una sombrilla que tiene al lado.

—Por mí que duerman todas con el perro, en el suelo o en ese catre que tiene Carlos por cama, ¡con tal de que me dé a mí la habitación principal! —dice Danny en broma.

—No, sí, la de huéspedes es la que le voy a dar marica... ¡Mientras que ahí miramos cómo nos acomodamos! ¡Vamos a caber en el cielo! —concluye Carlos y se sienta.

Entretanto, notamos la diferencia de precios que hay en los carteles de minutos a celular, colgados en el muro de la panadería, la reja de la zapatería y el poste de un café internet, negocios ubicados en la esquina del cruce de la calle 21A entre las carreras 69 y 70. Entonces se nos ocurre la gran idea de intercambiarlos.

Como el cartel de la panadería está muy alto, Natalia le hace patagallina a Danny, que es el más flaco del grupo. El de la zapatería lo quito yo, breve. Pero el del café internet está más amarrado que trasteo de pobre, por lo que toca echarle una mano a Carlos.

Mientras el desamarre, a mí me parece escuchar un silbido que viene de más abajo y también gritos que suenan como “¡ey, ey!”, pero no creo que sea con nosotros, entonces sigo en nuestro cuento. ¡Listo! ¡A cambiarlos! El del café internet va pa la panadería, el de la panadería pa la zapatería y el de la zapatería pa la zapatería internet. ¡Bien!

Logrado el objetivo, volvemos muertos de la risa a nuestro puesto en la acera, nos servimos nuevamente de un vaso de vino, ponemos *El baile de los que sobran* en un bafle pequeño que carga Natalia y seguimos en plan relajajo porque la noche es joven y nosotros también.

Minutos después, una moto con dos tipos raros pasa frente a nosotros. Los tipos miran curiosos el lugar en el que estamos, como buscando algo. Nadie dice nada hasta que yo empiezo a notar que no dejan de darnos vuelta.

—Oíste, ¿estos qué? —le digo a Natalia.

—¿Cierto?, meros visajosos —me responde sin dejar de mirarlos.

Los tipos como que escuchan, porque paran y uno de ellos pregunta:

—¿Ustedes vieron a los que se estaban robando los carteles?

A mí se me baja todo y sin pensarlo de a mucho, le respondo con voz temblorosa:

—No, nosotros no hemos visto a nadie.

—Cómo que no, si hace nada estaban ahí... ¡tuvieron que verlos!

En esas cae una recua de tipos, ya no en moto sino a pie.

—Que ellos no vieron a los que se robaron los carteles —les anuncia el que había preguntado antes.

A ninguno de nosotros, puede ser por falta de iniciativa o por susto, se nos ocurre enseñarles los carteles que están visibles en cada negocio; ellos no parecen percatarse tampoco.

—Cuál que no, si fueron ellos, yo vi a esta malparida —dice uno de los que llegaron a pie.

No comprendo si se está refiriendo a Natalia o a mí, pero por su cara, prefero no preguntarle. En lo que me parecen minutos de silencio, recuerdo varios sucesos de los que alguna vez llegué a ser testigo.

El primero de ellos sucedió un día en que un duro traía arriada a una pelada desde no sé dónde mientras le gritaba muy fuerte: “¡esta vez sí se los vamos a mochar pa que aprenda!”, y ella que no, que por favor los dedos no, que ella no lo volvía a hacer o que no lo había hecho —no recuerdo muy bien—. El caso es que en vez de eso, la pararon

como monumento de museo en medio de la calle principal, amarrada de manos con cabuyas y par letreros encintados adelante y atrás de su torso que decían por un lado: “Soy ladrona” y por el otro algo como: “Me gusta robar plata y juguetes en las casas ajenas”. Un chorrero de lágrimas se veía caer vergonzoso por su rostro. La gente, reunida a su alrededor, la miraba, cuchicheaba, hacía caras y hasta se reía, pero nadie reprochaba ese cuadro que a mí, la verdad, me producía un poco de pena.

Otro fue cuando a un grupito de peludos, que no superaban los doce o trece años, les dio por meterse al supermercado La Estrella a robarse dizque unas gominas; pero para su mala suerte, salieron estrellados de allá porque una cámara los delató y cayeron en manos de esta misma organización de muchachos que, de castigo, los raparon.

Pero eso no es nada, el hermano de Natalia, a quien cogieron dizque por robarse unos *play station*, que él niega haberse robado, me había contado que durante la pela que le dieron a mano limpia y con mangueras y palos, un pirobo de estos le puso un revólver en la frente y, en ese momento, que creyó el de su muerte, se le pasó la vida por la cabeza.

¿Qué castigo nos aplicarán a nosotros? Ese es el miedo que siento ahora. Con esos agravantes en mi memoria, no puedo permitirme aceptar delante de ellos la falta recién cometida. No, definitivamente no. Necesito una salida inmediata.

Así es que, en medio de una discusión en la que ellos insisten en saber dónde “escondimos” los carteles y nosotros nos sostenemos en una rotunda negación del hecho, empieza a llover y escucho a uno de ellos decir: “¡pa la casa maricones!”, y esas palabras me las tomo como la bendición del padre al final de una misa aburrida.

Toda la paz de este mundo se me mete en el cuerpo y, olvidando el plan de amanecida, carteles, insultos, todo... mis pies avanzan como autómatas hacia mi casa, que queda a media cuadra de la esquina. Pero justo antes de subir las escalas que dan a la puerta, pienso en mis amigos y me devuelvo un poco. Entonces veo cómo les dan de a patada a los hombres y a Natalia, que sostiene la sombrilla abierta en sus manos, uno de los tipos —el pirobo que le puso el arma en la frente a su hermano— le dice chasqueando los dedos:

—Hágale pues maricona, ¡pa la casa!

—Oiga este, yo veré —le responde ella.

Y ese tipo sin mente le manda un puñetazo a la sombrilla y se la daña. Me asusto y me digo algo como “¡peor todos que ellos tres!”, y entro en mi casa llena de nervios por ignorar la suerte de mis queridos amigos.

Mi mamá se despierta y empieza a llenarme de puras preguntas incómodas. Yo, aterrada, me pongo el dedo en la boca para indicarle que haga silencio. Necesito escuchar lo que está pasando allá afuera. Pero solo una secuencia de arrítmicos pasos alcanza a llegarme al oído.

—Kelly, ¿qué pasó?, ¿usted en qué se metió? —me pregunta mi mamá muy asustada.

Eso aumenta más mi congoja. En medio de tanta incertidumbre, cojo el teléfono y empiezo a marcar a la casa de Carlos. Me contesta una voz susurrante.

—¿Aló? —dice Carlos.

—¡Quiubo!... ¿qué pasó? —digo yo también con susurros.

—Nada... ya estamos acá... ¿usted qué se hizo?

—¡Parcel!... me vine para mi casa, ¡ellos dijeron!

—¡Marica!... ¡nosotros creímos que le había pasado algo!

—¡Y yo que les había pasado algo a ustedes!

De repente, la línea se corta y Carlos ya no vuelve a contestar. Al rato, unos golpes fuertes y acelerados suenan en la puerta de mi casa: ¡tas tas tas! Mi mamá se pone pálida, yo me alarmo como nunca antes en la vida, suelto el teléfono, no sé de dónde cogirme, busco escapatória o cualquier escondite, pero no encuentro ninguno, me siento atrapada. Respiro hondo y avanzo hacia la puerta muy lentamente... en suspenso... pongo mi mano en la chapa y, con el corazón casi afuera, abro...

Es la hermana de Natalia que viene a preguntar por ella. Me dan ganas de abrazarla y estrellarle la puerta en la cara al mismo tiempo. Pero muy, muy adentro, agradezco esa sorpresa. ☺



## Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

## A DORA, POR RAZONES OBVIAS

No he leído *La caravana de Gardel*, la novela de Fernando Cruz Kronfly, ni he visto la película homónima de Carlos Palau. Se narra en ellas el traslado de los restos del cantor a lo largo de tierras colombianas. En recientes entrevistas concedidas por el novelista, confiesa este que, investigando aquel episodio, comprendió que eran solo leyendas las tejidas en torno de ese viaje póstumo, con discursos y fiestas nocturnas en cada pueblo donde paraba el féretro, rumbo a Buenaventura. Cruz Kronfly urdió una trama, unos personajes, y escribió una novela. Con el respeto que el autor me merece, pienso que el viaje escueto de ese cuerpo carbonizado, desde Medellín hasta su destino final en Colombia, propiciaría un relato digno de un Juan Rulfo, o de un Azorín criollo; o incluso de un José Saramago, tan dado a contar viajes bizarros.

Menciono un recuerdo del arquitecto Eduardo Vásquez: va con unos amigos, por un sendero alto de montaña, rumbo a algún pueblo de Antioquia; ven venir a lo lejos, entre brumas, una pequeña caravana. A medida que se aproximan, identifican a dos hombres a lomo de mula, que conducen otra, cargada con una caja. Al cruzarse con ellos se detienen y se identifican; van hacia Buenaventura, y esa caja contiene los restos de Carlos Gardel. Cambian unas palabras, la mínima tropa se va, y otra vez se la traga la niebla. Y eso es todo; un segundo de profunda soledad, de un silencio tan puro que no me atrevo a manchar con palabras. No sé cuánto duró ese recorrido, ni cómo fue el arribo a un puerto bulloso, con lanchas cargueras y sirenas de barcos. Esa, con ser aún la misma, es ya otra historia.

Después, tras un absurdo recorrido que lo llevó primero a Nueva York, el cuerpo de Gardel reposó al fin en La Chacarita, y allí rompió el silencio, y volvió a cantar. No sé allá, pero en Medellín cada vez lo hace mejor.

### CODA

Mónica. Todas las mañanas miro por un rato *Día a día*, el programa de Caracol. Me cae muy bien Catalina, pero si no veo a su parceira, Mónica Rodríguez, desligo la tele y vuelvo a mi almohada.

Mónica tiene la edad en que se es joven para siempre, unos ojos excesivos, y una sonrisa de paz; y, cuando la ocasión lo permite, regala unos pasos de baile que envidiaría la mejor profesional. Es la más perfecta diva, la que ignora que lo es. Nunca tendré la fortuna de verla cara a cara, pero mañana estará a mi lado. ☺



## Ver, Pensar y Hacer

TALLERES DE PINTURA, DIBUJO Y GRABADO

ALBERTO GONZÁLEZ Calle 11A Nº 43E-5 - 3º piso - 301 Tel. 2 66 10 01 - Cel. 311 219 54 33

**DR. GUSTAVO AGUIRRE**  
 OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.  
 CIRUGÍA CON LÁSER

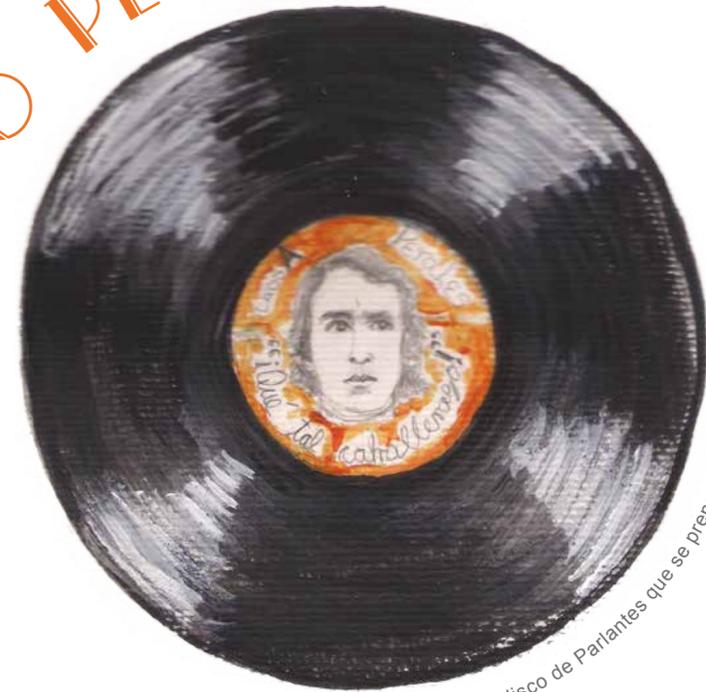
**Clínica SOMA**  
 Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

# OBRAS QUE TRANSFORMAN



35  
AÑOS

## CANTO PEREGRINO



del próximo disco de Parientes que se pensará este año.

por CAMILO SUÁREZ

Ilustración: Verónica Velásquez

*La manera como Dios lo conduce a uno, yo la conocí: es con riendas. Lo mejor es no resabiarse y dejar uno que le apriete bien justo el freno pues así va uno más seguro porque siente los tironcitos por pequeños que sean, que Dios le dé [...] Pero cuando voy por la calle, caminando, me deja suelto, porque ese es mi camino y ahí no necesito tironcitos y entonces parece que ni freno llevara puesto.*

*La muerte en la calle*  
José Félix Fuenmayor

**V**a a llover, va a llover, yo creo que va a llover. Que me caiga un rayo entonces, así canto eléctrico, encalambrado, como dicen que me mantengo. Disco rayado, canto rayado, canto rodado... ¡A rotar planeta que te mueve el canto!

Si llueve no importa, pues la brisa me seca, me caliento caminando y cuando pegue el sol le digo: "¡Qué tal caballerazo!".

Sin pisar la raya. Vamos por el surco del asfalto. Está temprano —la ventaja de ser madrugador de la tribu—, así voy de acá hasta Robledo y vuelvo, no por toda la 80 sino callejando entre los barrios. Así me oyen mejor y hasta logro almuerzo... Una sopita de fideos con aguacate, ¡qué rico! Ah, pero vea pues, yo ya despaché la mañana.

¿Con cuál sigo? Una de esas que solo oírlas y ya está uno de pelea, como cuando hundía F7. Pero suave, que me gasto la voz y falta mucho, se me rasga y llevo en harapos. Bueno, ya está cajeta pero sigue pintando como pedazo de ladrillo en la calle. Mentiras, pero la lluvia borra eso y yo no creo que lo cantado se olvide, no señor, esto es lo mío, a todo pulmón. Que llueva. Y no se borra lo cantado: en el aire queda. Así es la cosa, señor, como dice Elvis, la música mueve por dentro y

por fuera. Así es conmigo. Público cantor, soy otros, soy judío errante que canta los pasos.

¿Que si no me da pena? Pena le debería dar a tanto fingidor. ¡Cuál pena! ¡Si yo soy viento nomás! Me oyen llegar, la voz se mete por debajo de la puerta, se cuela por el patio, llega a la sala, al comedor, a la cocina y desde allá me contestan: "Cantante, ¿quiere agüita?". Y me sacan agua las nenas: Zunilda, Rosario, Matilde, Ofelia. ¡Cómo nos queremos, mi club de fans! El que quiera oír más que se asome, me persiga o espere otro día mi gira interbarrial.

¡Uy!, mirá, ya voy por el parque de La Matea. ¿Qué será de don Guillermo y de sus palomas? ¡Ah dicha una paletica de limón! Me pinto la lengua y recuerdo a los viejos... Qué pesar, en ese encierro, y yo con ellos, y mi abuela, pobre ella. La gente va y le dice que estoy por la calle, cantando como loco. Tranquila abuela, yo voy a dejar un coro, un conjuro para que la gente se sienta bien, algo así como: "La la, la lara la la la, la lara la la la, la lara la la..."

Así vamos y es la cosa, yo soy aguja por el surco de la calle. Y eso es mojado los tenis en este charco, bacán, porque si no se le recalientan. Los pisahuevos bien frescos. Bueno, pasa ronda un afiche vivo,

afiche del cantante blanquiado por el sol. Aguja por el surco de la ciudad. Y el grano de la voz, el grano de la voz. Cantando, ladran perros al paso del sol. Mmm... ¡este viento sí es de agua!

Bueno, a ver ¿cuál nombre artístico tengo hoy? Puma, Bravo, Dyango, Juan Gabriel, ¿ah? Aunque, ¿cómo es que me dicen en la 79 con la 29A? ¡Perales! Perales, claro. Allá siempre me espera ese gafufito que se asoma por el ventanal. "Perales" me llama ese niño y se va acordar de mí, voy a ser eco. Y los metaleros de Santa Gema también se van a acordar. Entonces qué muchachos, ¿una foto? ¿Les firmo las chaquetas?

¡Uy!, de pronto sí llueve. Llueva, truene o relampaguee: Lado a y lado b sin pausa, sí señor. Del único trueno que me da miedo es del que guarda ese tipo tan maluco, ese cucho de la camioneta que se hace en el balcón. Y ahí está, qué pereza. Sale y me grita: "Perdete-vicioso-loquito-vago", "Paisa, paisa, no fume bazuco", me dice el descarado ese, como si la propaganda fuera para mí. Pero nada, más entonado y una de amor.

¡Qué va, dejá cantar! ¡Cabrón! Cero miedo. No corrás, Perales, que es peor. Aguja por el surco de la calle. Qué goterones, va llover. ¡Ay!, un trueno, ¿qué sonó? ☘

# Guía de cine

Tomado de Medellín: Cine y Cenizas

## por VÍCTOR BUSTAMANTE

Ilustración: Camila López

Curioso lector de periódicos, merodeo, vago, escruto, leo los titulares de la primera plana, luego husmeo en cada página como si caminara por las calles. Si paso una página, es como doblar una esquina que me conduce a una calle desconocida. En ellas el discutir de la ciudad no solo es su diario personal, sino que termina como el trasegar de un día fijado en la tinta y en el papel principal de los chismes políticos, como si esos ambiguos padres civiles merecieran la alabanza o el reproche.

Leo en la página social los minutos de reconocimiento de quienes pagan por cumplir años, o los que son reconocidos por morir y por ahí merodean los obituarios. Recalo en las notas sobre fiestas de quince y otros cumpleaños donde nunca seré invitado, o averiguo chismes de la página de deportes, pero sobre todo me demoro en la página de noticias internacionales donde descansa mi sed por lo lejano. Vago en los clasificados con sus magras ofertas de empleos, con sus ofrecimientos de autos de segunda y con el alquiler de casas y apartamentos. Me sorprende una nota, con una pequeña fotografía, donde Ignacio Molina ofrece sus servicios para enseñar a bailar a los tiosos de cuerpo y corazón. Así que tenga presente: “Bailar es una necesidad social”. Pero sobre todo, hojear y ojear la página judicial, lugar de curiosidad y miedo, siempre vuelvo a ella: ahí se mide el nivel de maldad, de perversión de nuestros contemporáneos. Me filtro allí para averiguar y comprobar cómo todo anda tan mal como antes. Síntesis de que el mundo será el mismo en la misma plana cada día. Olvidaba decir que me detenía unos momentos cuando observaba algún reinado de belleza, uno de esos miles de reinados que ocurrían en algunos pueblos. Y no solo captaba la candidata local en vestido de baño sino que algo averiguaba del municipio que representaba.

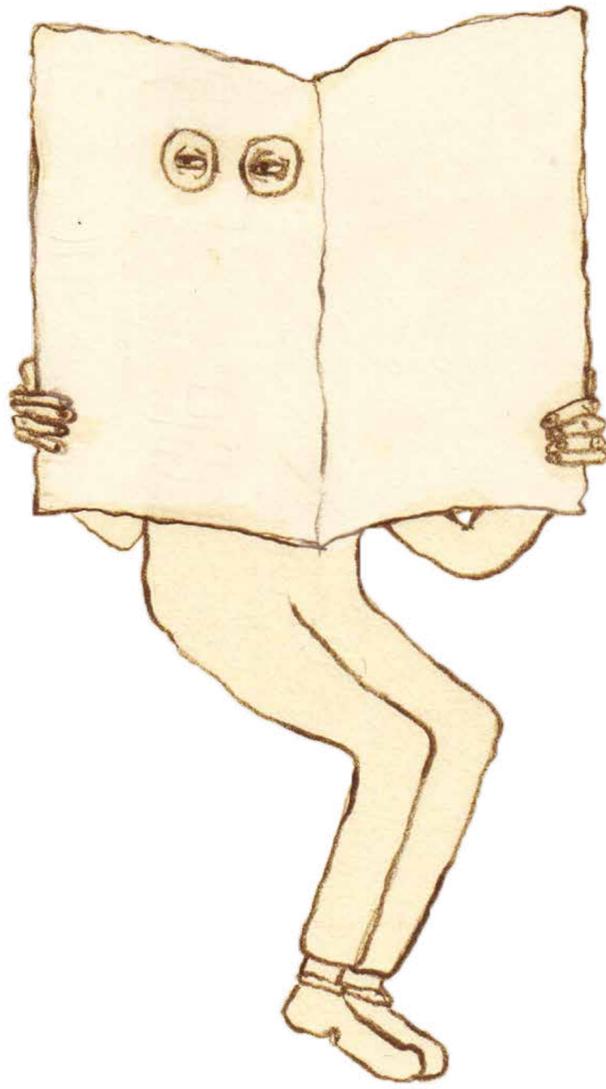
Viajero inmóvil, esperaba desde temprano la llegada del diario. Al regresar de la escuela debía leer el periódico en la tarde. Alguna vez decidí llevar un catálogo por países y recortar una a una las noticias hasta que fue imposible continuar con ese deseo de convertirme en coleccionista. Cajas y cajas de cartón catalogadas con personajes y noticias. Además las fotos de los jugadores del DIM llenaron mi cuarto. Una noche, a punto de irme a dormir, supe que mi valioso archivo desapareció de mi cuarto. A mi regreso lo encontré tan limpio y tan decente que me sentí incómodo, sin el rastro de mis actividades, en el más perfecto orden que es el desorden personal. Cada libro, cada hoja de apuntes, cada lapicero, poseían su lugar específico, si lo cambiaban de sitio quedaba como extraviado en mi propio hábitat. Para las llaves tenía un truco: les silbaba y de una me contestaban con una

alarma antipérdida. Cuando arreglaban mi pieza quedaba con el orden de quien lo había arreglado, por lo que debería esperar unos días hasta que se materializaba el viejo orden: mi desorden.

El cuarto gira en torno a su dueño, los objetos gravitan con mi presencia. Al hallarlo limpio es, era como si habitara otro lugar. No como el caso extremo de Beethoven quien, al salir, sus amigos entraban por la buhardilla y arreglaban su cuarto para que el músico genial y desordenado quedara más genial y más organizado y comenzara a estar doblemente ordenado.

El cuarto es algo así como una cápsula de viaje para navegar en el silencio, en la música o en el virus inoculado de la literatura y de la soledad conquistada. Si reconstruimos la escena del crimen con peritos, legalistas y fotógrafos encontraremos periódicos y libros en los lugares más frecuentados: junto al baño, junto al lavamanos, sobre todo bajo la cama a la espera de mi análisis y mis recortes para ese archivo imposible de mantener actualizado. Esos periódicos: *El Colombiano*, *El Tiempo*, *El Correo* y *El Espectador* me entregaban el calor y el color de la ciudad: su vida. Claro que el más próximo era *El Colombiano*, aunque no ha dejado ese catolicismo ultramontano de los años cuarenta. Al merodear en él me paseaba, aunque en pequeñas dosis, por las calles, por las vitrinas, por las tabernas y las discotecas, por los bajos fondos y por la actividad cardinal del día, su dinamismo cultural, que también es curiosidad: la página de cine que me entregaba el programa de los teatros con el decurso de cada película. Esta programación me concedía otra ciudad, ampliaba su frontera. No bastaban los hechos reales, los reemplazaba lo irreal, el cine y su noche de sombras. No solo esta página atiborrada de anuncios con películas me ofrecía la posibilidad de asistir a algún teatro, sino que sus películas me conectaban con lo que ocurría otras latitudes: era una manera de viajar desde la inmovilidad de una butaca en completa oscuridad.

Existe una ciudad con un color muy específico: la ciudad nocturna con sombras y tinieblas artificiales. El explorador necesita la brújula para no perderse en un territorio desconocido; el capitán de un barco, su bitácora para indicar su ruta; el solitario, su diario personal donde anota las conversaciones que nunca realiza, los planes y sus utopías; pero también allí se desahoga. Parece una paradoja, la ruta del día la define la página de cine de los diarios, bitácora ciudadana. También miraba una sección en los lugares menos previsibles. Unas veces cerca de los clasificados, otras en la parte baja de la sección social o en la página roja. Paso las páginas, eterno lector de periódicos, y encuentro el anzuelo perfecto, el espejismo ideal: una pequeña columna sin autor:



### La clasificación moral de las películas

#### Malas

(Prohibidas para todo católico)

*Las casadas engañan de cuatro a seis*

*Cuando las colegialas pecan*

#### Desaconsejables

(Ofrecen serios peligros morales)

*Demasiado y muy pronto*

#### Reservas morales

(Mayores de edad)

*Ciudad desnuda*

#### Adultos

(17 años en adelante)

*Flecha Rota, Romeo y Julieta*

#### Adolescentes

(13 años en adelante)

*Simbad y la princesa*

#### Todos

(10 años en adelante)

*Pelota de trapo y El pequeño ruiseñor*

Este tipo de películas, denominadas desaconsejables, me parecían un acierto para que, desde las páginas de ese periódico, se guiara la moral pública y ayudara a que este mundo y esta mentalidad no torciera hacia el “vicio”, a lo irredento de la “perversión”. Claro que, viéndolo bien, eran las que deseaba ver.

No quería ver *Simbad y la princesa*. Necesitaba emociones más fuertes, no cuentos con moraleja: educarme sentimentalmente con

Víctor Bustamante  
**Medellín:  
Cine y Cenizas.**  
Editorial Babel  
Medellín, 2014.



algo más que consejos. Necesitaba conocer la vida, que en este momento era nada menos que entrar a cine para mayores. La curiosidad es el deseo que arrecia, la curiosidad es la utopía que es necesario mantener a flote para saberme vivo. “La curiosidad mató al gato”, dice un adagio popular; además que lleva a ser atrevido: mirar donde no se puede mirar, husmear, mejor, meter las narices; pero esa curiosidad es la única manera de conocer, de calmar la sed, el hambre. En este caso, mi caso, la persona que buscamos.

Lo prohibido llama la atención; siempre me llamaba la atención. Era necesario saber la causa de la prohibición. Por estos pagos simplemente se ignoraba una película: no se presentaba o se la mutilaba de tal manera que era mejor no verla. Esa censura era una lejana y pálida copia de ese funesto código Hays, que llevó a la Liga de Decencia Americana a obligar para que a Robin le arreglaran la portafuella del traje ya que se le marcaba mucho el sexo; a que las revistas pornográficas regresaran a tiempos de romanos: que afeitaran los pubis angelicales y costosos de sus reinas de la pornografía con pinceles, cuando prohibieron mostrar cualquier tipo de bellos vellos. Fue fácil, como no existía el afeitólogo contaban con un antecedente: Botticelli debió pintar la rubia cabellera de Venus sobre la entrepierna para que no se viera el vello púbico prohibido desde la Roma imperial. Más tarde vendría el retocador de retratos que con su pincel fino, no sé si de pelo de marta, le quedaba fácil desvanecer los vellos de la bella como también los musulmanes que por mandato del Corán adquirieron la costumbre de afeitarse el vello de los sobacos y del pubis.

En los departamentos de efectos especiales podían jugar con espejos para dar la impresión de gran tamaño, como en el caso del gorila más glamuroso: King Kong. En *King Kong* apenas habían canalizado esa experiencia para retocar esos pubis tanto angelicales como maduros, como si se dijera: fuera los vellos de las bellas de la pantalla o para decirlo en otro idioma: vellos *go home*; o vellos de las bellas *come here*. Claro que para gustos personales había, en cantidad, pubis angelicales dignos de una Lolita, afeitados a lo Mario Barakus, el tipo patilla, el de estilo nido, el de la uvé, el de forma de corazón, el de un puntico de vellos solo en la primera parte de la abertura. A los muy barbados: Fidel Castro, le decían en esa jerga popular, en alguna zona donde la guerrilla tenía mucha influencia. Pero en secreto nada le veía de grato a esos pubis tersos vistos en las pinturas como *La maja desnuda* que deja ver su escaso vello.

Las dos familias salen de paseo a los baños de La Negra en una de esas salidas con el padrino fotógrafo Joaquín Hernández, su esposa y los primos, sus hijos, y mis padres y mis hermanos con el propósito de probar sus automóviles con los que solo viajaban a Medellín.

La Negra tenía fama como lugar de pescadores y de veraneo. Cerca, en sus orillas, había varias carpas de lona que son como la parte civil de las tiendas de campaña: paseo de personas que venían de Medellín donde la gente cercana, nosotros, molestábamos. En realidad molestaba que ambos padres miraran tanto a las bañistas que vestían bikini, esa versión primaria de la tanga.

Como doña Celina no quería que don Joaquín se quedara allí, y nadie la seguía, ordenó: “Es mejor que nos vamos para el otro lado de la carretera, al charco del puente, este está profundo y los muchachos de pronto se ahogan”. Como esa indirecta era para don Joaquín, fuimos privándonos de mirar a esas muchachas con sus amigos que se magreaban y se reían seguro como aún se ríen de sus afectos y de la mentira que dijeron para salir de paseo.

Doña Celina se había cambiado su ropa recatada por un vestido de baño entero, azul marino, por más señas, Catalina, el vestido de las reinas, pero ella nunca fue reina, salvo en ese lugar anónimo: el hogar. Ese era el vestido de las reinas de belleza en Cartagena, esos del pez volador en la boca de la manga izquierda. Los muchachos, es decir, los primos y las primas, mis hermanas, se arrojaban al agua que ahorraba sus rodillas porque ese charco de La Negra en la mitad, como todos los charcos, son traicioneros, tienen remolinos ocultos, sargazos en el lecho que halan a los bañistas, cavernas oscuras que succionan también a los bañistas y un pantano que sepulta a los bañistas. Doña Celina, con su vestido azul marino, tenía un detalle, y ahí estaba el detalle, se le salían los pelos por las bocas del vestido. Podría decir, con admiración: ¡Ah tiempos aquellos!, pero no tenía tiempo para derramar lágrimas sino para mirar estos vellos o pendejos. Se veían charros y churros, sublines, entre su carne blanca y blanda. Era una revelación, mi revelación. Debía aceptarlos así, negros, ensortijados y gruesos, saliendo al aire libre de esa tarde que aún se iniciaba: ella como si nada y yo como si todo. Madre diciendo que me vaya a jugar con

los muchachos, a chapotear en el agua. Ni por el diablo quería perderme ese espectáculo inusitado, pues sabía que esa parte oculta se hacía más oculta por el follaje de los pelos.

Leonel regresó corriendo y gritando. Nada más conmovedor que un niño asustado. Había ocurrido lo impensable, don Joaquín, fotógrafo, nunca de ocasión, había sido descubierto por una de las paseantes que al vestirse en ese vestier verde: detrás de un árbol, Eva al desnudo, lo sorprendió en una pequeña colina espiándola con un telescopio. Y Leonel decía y le gritaba: “¡Están insultando a mi papá: viejo marica, si quiere ver viejas, mírelas de frente!”. La mujer en su corola de la tarde, doña Celina, habla con mi padre y recrimina a su esposo, y luego hacen el almuerzo en ollas y con leña como si nada y nada que obedezco, pues en esta tarde, nunca gris sino luminosa, caí en cuenta que allí también existían los pelos, vellos, pendejos. Maldición eterna a esa curiosidad por los pelos o como se llamen que eran, que son, fueron, serán causa de ruptura. La mujer fue detrás de un árbol y regresó con los pelos ocultos y se acabó la tarde y debí irme a jugar con los muchachos, pendiente de que esos pelos salieran otra vez de ese lugar, su lugar. Esa era otra forma de censura, que ella fuera a arreglarse los pelos, y dejarme con tantas preguntas en la punta de la lengua.

Me preguntaba si todos los pelos conducen a Roma, cuando al regreso doña Celina preguntó: “¿Dónde está Joaco?”. Palabra que le decía Joaco. Así a secas: Joaco. Y de una mandó al mayor, a Leonel, a que buscara a su papá. Su papá había regresado al charco de carretera para mirar las bañistas y chapotear lleno de gozo junto a ellas. A lo mejor suponía que los pelos, pendejos, de doña Celina, nos entretuvieran un buen rato. Cierzo, don Joaquín, se convirtió en una suerte de héroe. No solo era un enamorado empedernido, amigo de padre en aventuras de fundar periódicos, poetas, y fotógrafo él, sino el dueño del misterio de revelar las fotos: quien tenía el archivo, es decir la memoria de nosotros, habitantes del pueblo. De una parte dejaba ver el otro rostro de las personas mayores que también tienen malicia, es decir no son tan serios, sino que ocultan a los niños su mundo. Don Joaquín proyectaba las películas de 16 milímetros, en el zaguán, a un costado de su cacharrería, a los invitados a la primera comunión de cada uno de sus hijos. Era las películas sobre un corredor de autos. Iluso lo busqué varias veces, varios días para mi foto de primera comunión que demoró unos seis meses.

Vuelvo a la página del cine de *El Colombiano*, miro los anuncios del Sinfonía, del Bolivia, del Guadalupe con cine pornográfico; sociedad decadente que

comercia con el cuerpo de la mujer, que la vuelve no un ser sagrado sino un objeto público, me decía, en el colmo de mi crítica: así nunca serán libres, nunca mostrarán ese aspecto materno, bello, de quien da a luz. Sociedad decadente que solo piensa en la mujer como objeto de deseo. Esas eran mis diatribas de un cineasta desprogramado que no quería mirar películas pornográficas sino buen cine que tuviera enseñanzas, moralejas, que fuera culto o, en caso contrario, cine de terror o películas de vaqueros. Era el colmo que dieran ese tipo de cine morboso, lúbrico, lujurioso.

Claro que venció la curiosidad. Si por la boca muere el pez por los ojos muere el señor de la mirada y se extravía el vago del cine. Iba por un teatro en medio de una fosca noche, hubiera escrito Dante, si hubieran inventado el cine en su época y obvio que él también hubiera asistido. ¿Sí o no? ¿Quién muere por los ojos? ¿El lince? Hablo de un animal que no conozco por el tacto sino visualmente: en láminas. Venció mi curiosidad espoleada, disfrazada por el deseo. Allí iría en la tarde.

No quería saber nada de *Pelota de trapo*, la película sobre fútbol en blanco y negro, ya que existían esos dulces y sonoros y luminosos títulos que eran una provocación y una invitación: *Las casadas engañan de cuatro a seis*, que daba la impresión de ser algo soberbiamente lujurioso. Esas sí eran las aconsejables. Existía el inconveniente mayor: no me permitían entrar, por lo que resolví seguir leyendo el diario. Mejor busqué las aventuras, las travesuras de esos gánsteres locales: el Mono Trejos, Toñilas, el Pote Zapata, Petra Moneo y Ramón Cachaco, quienes merecían titulares en los diarios debido a sus altitos a joyerías y bancos.

Luego esa página se hizo más inflexible. Malas: *Problemas amorosos de tres colegialas*; Adultos: *Julia*, *El boxeador espiritista*; Adolescentes: *Led Zepelin*, *Lo que el viento se llevó*, *Bilitis*; Todos: *El niño biónico*, *Tarzán*, *Hércules contra Roma*. Publicidad indirecta. Lo prohibido empezaba a llamarme la atención. Era las primeras películas que iría a ver, luego seguía la recomendación de las películas para adultos, adolescentes y niños. Estaba jarto de *El conejo de la suerte* en la tele. Quería acción y para ello debía arriesgarme.

En los teatros se puede entrar a soñar despierto toda clase de sueños colectivos que nunca interpretó Freud, el de las sombras luminosas del cine, porque Medellín no solo es un lema: “La ciudad de la eterna primavera”, sino que es la ciudad de las sombras eternas en los teatros, del cual el espectador de cine se apropia. Si en el teatro griego los actores escondían el rostro detrás de sus máscaras, los otros teatros no tienen sino una máscara total: su noche perenne para esculpir y esconder el rostro de los cinéfilos. ☹



Iván Darío de Envigado  
**José Luis Ochoa Uribe.**  
**Carnicero de Envigado.**  
 Acrílico sobre peltre  
 Colección Restaurante Las Palmas  
 2006.



Samuel González Mejía.  
 Comerciante de Envigado.  
 Ferretería La Bomba.



Carlos Restrepo Díaz.  
 Cantinero de Envigado.



Rafael Velásquez Restrepo.  
 Peluquero de Envigado.



# WHATSAPP ÁFRICA



En Lodung'okue no hay internet, hay elefantes salvajes que andan por las sabanas y la amenaza de las hienas que escarban las tumbas; pero a veces, en ciertos puntos, el celular de Luis Carlos capta alguna señal satelital. Él aprovecha y se conecta a *Whatsapp* para enviarles a sus amigos y familiares en Colombia pequeños reportes sobre la cotidianidad en el distrito de Samburu, en Kenia. Este misionero javeriano de Yarumal llegó a África en 1982 tras dejar las lomas de su pueblo. Trabajó once años en una comunidad habitada por la tribu kipsigis y luego se fue a Roma, donde se dedicó a profundizar sus estudios. Hace dos años y medio regresó a Kenia. Estos breves diarios, escritos en el último año, son sustancia de una vida árida y espiritual, donde la moto y la bomba de agua son bendiciones para unos pocos.

por LUIS CARLOS FERNÁNDEZ

Fotografías archivo personal

**H**ola Ana María, un saludo muy especial. Estoy en un lugar que se llama Lodung'okue, en el distrito Samburu, habitado en su mayoría por la tribu del mismo nombre. Son pastores y desde muy tierna edad se van entrenando en esas lides. Los niños y niñas empiezan cuidando los corderitos y cabritos, a medida que crecen cuidan cabras y ovejas, más tarde se encargan de vacas y camellos. Las vacas son pastoreadas por los guerreros.

Desde los doce años, luego de ser circuncidadas, las niñas son dadas en matrimonio. Sus esposos son hombres ancianos que tienen muchos animales y, por tanto, influencia. Muy pronto se convierten en viudas y ahí comienza su tragedia, pues continúan engendrando niños que ante la tribu son hijos del difunto. Esto genera promiscuidad y los hijos crecen sin la figura paterna lo cual forja rebeldía e indisciplina, violencia y consumo de licor.

Estamos en Kilifi, cerca de Mombasa. Una ciudad ecológica y turística adonde llegan personas de todo el mundo. Gente extraordinaria, llena de ideas, todos muy jóvenes. Aquí hasta el inodoro es ecológico. Separan los orines de las heces. En lugar de agua usan aserrín y ese es el abono de su jardín. Los caminos también son con aserrín y mucho limoncillo. Tienen gallinas, cerdos, patos. Es uno de esos proyectos de jóvenes que valen la pena. Mañana regresamos a Nairobi. Fueron tres días de descanso reconfortante en las playas de Kilifi.



Nos encontramos con una pareja de franceses muy jóvenes con tres hijos de diez, ocho y tres años. Vendieron su casa, compraron un carro-casa y llevan once meses recorriendo el mundo. Pasaron por los países árabes y ahora están en el suroeste de África, luego irán a Suramérica para terminar en Norteamérica. Estos europeos buscan calidad de vida, no millones, y para ellos conocer es muy importante. La mamá les va enseñando y los estudios caseros son reconocidos. Ayer fue el cumpleaños del papá. La segunda hija, sin conocer a nadie y hablando francés, le organizó la fiesta. Una niña de ocho años utilizando lo que tenía a la mano, definitivamente fuera de lo común. El pastel fue un pan con mermelada y una pequeña velita. Se cantó el *happy birthday* en todas las lenguas, hasta en el lenguaje gatuno y perruno. Esa niña hizo la diferencia.

En la misión de Lodung'okue tenemos cuatro novicios. Acaban de terminar una experiencia de cuarenta días en las veredas más alejadas de la parroquia. La idea es que vivan con la gente, que coman lo que ellos comen, que duerman en sus casas, sobre pieles. La experiencia es dura, pues estos muchachos vienen de otras tribus muy avanzadas. Ellos no hablan la lengua local y la mayoría de la gente no habla la lengua nacional. Esto les ayuda a entender la simplicidad de vida, a descubrir lo esencial y a valorar mucho a las personas que piensan y actúan distinto a nosotros porque pertenecen a otra cultura.

Lororo es la comunidad más aislada de Lodung'okue, está a 22 kms. No hay carretera, solo un camino que cuando llueve se vuelve impassable. Normalmente hay cauces que permanecen secos, pero cuando llueve se vuelven ríos que impiden la comunicación. La gente es maravillosa, pero hay mucha violencia intrafamiliar, casi siempre por culpa del licor. Hace dos semanas un hombre mató a su esposa de un garrotazo. La sacó de la casa y la dejó en la sabana para que la devoraran las hienas. Esto conmocionó a la comunidad. Tienen que hacer purificaciones. Sacrifican vacas, cabras y ovejas, y con la sangre purifican a los miembros de la familia. Esta señora venía a la reunión de comunidad cada jueves. Hace tres días me encontré otra señora joven con una herida en la frente. Fue golpeada por su esposo.

Aquí las generaciones son muy importantes. Cada una tiene su función. Pero a veces hay fuertes conflictos entre ellos. Hoy, en una de las aldeas, hay una gran reunión entre la generación de Lmoli, son jóvenes entre treinta y cuarenta años, y los más viejos, alrededor de los sesenta años, que se llaman Lkichili. Los viejos se quejan de que los jóvenes no los respetan. Vienen hombres de todos los rincones y debajo de un árbol frondoso tratan de resolver sus diferencias.

Hoy enterramos uno de nuestros catequistas. Le dio un infarto. A las seis de la mañana fuimos a su casa o "mafiata". Después de tomar té, se hizo la oración fúnebre y se bendijo la tumba. El lugar fue seleccionado por los ancianos y tiene que ver con la salida del sol y con el ocaso. El cuerpo es ungido con leche y aceite, envuelto en una piel y se lleva en una procesión. Todos se arrodillan tres veces y después de poner el cuerpo en la tumba, los miembros de la familia y los presentes tiran ramas, luego tierra, sobre la tierra piedras y finalmente espinas. Este lugar está lleno de animales salvajes, especialmente hienas, que pueden sacar el cuerpo. Una vez terminado el sepelio los familiares regresan a la casa en la misma procesión, se arrodillan tres veces y todos se lavan las manos y se las frotan con grasa, finalmente toman el té y nunca más se mencionará el nombre del difunto.

La gente de Muger, donde murió el catequista, estaba muy conmovida. El mismo día murió su hermano medio y hacía dos semanas había muerto otro de los hermanos. Esto se convirtió en tragedia y comenzaron a hacer elucubraciones, pues la mayoría de ellos son animistas. Los cristianos son muy pocos y aquí la cultura se impone a la fe y a la razón. Otro aspecto muy significativo es que el hermano no era casado. Una persona soltera no puede ser sepultada por la familia. Les tocó pedir los servicios del clan de los herberos, que son como los parias, nadie puede casarse con ellos excepto personas de su clan. Ellos conservan los secretos y las maldiciones del metal. Son los más exitosos económicamente y hacen los trabajos difíciles y las purificaciones.

Hoy es el día de la independencia de Kenia. Cincuenta y dos años. El primer presidente fue Jomo Kenyata y el actual presidente, que nació en esa época, es su hijo Uhuru. Uhuru significa libertad. Perteneció a la tribu mayoritaria, los kikuyu. Es el cuarto presidente. Tres presidentes de la tribu kikuyu y uno kalenjin. Hoy es el día de los desfiles militares y los discursos. Un saludo muy especial y buen día.

Los samburu tienen sus ritos de iniciación. A través de la circuncisión se convierten en guerreros. Su labor es defender la tribu, mostrar valentía, buscar ganado. A veces van a robar ganado de otras tribus, una práctica común entre los pastores de la región. Son jóvenes en su mayoría analfabetos y bien armados. No les importa morir en una cruzada para robar ganado. Si tienen éxito se convertirán en héroes y si mueren nadie volverá a mencionar sus nombres y serán alimento para las hienas. Los guerreros son únicos en su pensamiento y en su actuar. Ayer jueves iba a Lororo pero primero fui a prender la bomba de agua y no tuve éxito. Debía prenderla manualmente y necesitaba ayuda. Continué el viaje y, después de pasar el río, un joven guerrero corrió hacia mí para que lo llevara en la moto. Me regresé con él, tal vez cincuenta metros, cruzamos el río y le mostré lo que tenía que hacer para ayudarme. Era mover una palanca. Se rehusó completamente, quería que le pagara y lo llevara gratis. Yo lo iba a llevar porque Barsaloi está muy lejos, pero con tal actitud se quedó en el lugar, sin viaje y sin plata. He ahí un ejemplo de su mentalidad.

La vida pastoril es dura. Normalmente los niños y niñas desde muy tierna edad tienen que cuidar las cabras y las ovejas. Salen todo el día sin pensar en el sol o en la lluvia. Ellos piensan en el bienestar de sus animales y cómo defenderlos de los animales salvajes. Son muy valientes y no comen nada durante todo el día. A veces uno los ve cargando un animal recién nacido. Son fuertes. Cuando los guerreros van con los animales se van jugando la vida. Su cultura es ser pastores y por momentos quieren más sus animales que a la gente. Muchos recuerdos para tu mamá.

Hola Martica, hoy estuve en Lororo. Es gente muy especial, sin contaminación. Son felices por el hecho de reunirse para orar y cantar juntos. Antier estuve en otra comunidad con tres viejitas, dos ciegas pero no te imaginas la felicidad de esas viejitas y de los niños que estaban allí. Uno regresa muy contento pues esa gente es increíble. A pesar de la enfermedad, la ceguera y la vejez irradian felicidad. Saludos para todos en la familia.

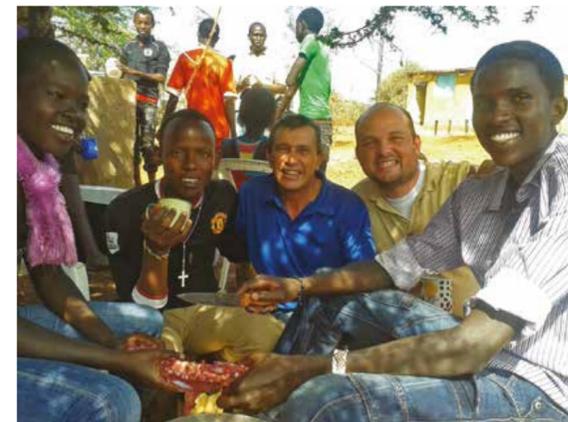
Hola Martica. Ayer llevé una anciana muy enferma al hospital de Wamba que está a 40 kilómetros de Lodung'okue. Cuando la montaron al carro se quedó como dormida y la hija empezó a gritar, ¡se murió!, ¡se murió!, y a darle golpes en la cara. La viejita sonrió y se tranquilizaron y pudimos iniciar el viaje. Son cosas muy graciosas que suceden aun en medio del dolor. Salúdame a toda la familia y que este año sea de muchas bendiciones.

Ayer tuvimos la ordenación de dos diáconos en la diócesis de Maralal. La ceremonia con los cantos, danzas y discursos duró cuatro horas, fue al aire libre y con un sol irresistible. Afortunadamente nadie se desmayó.

Hola Martica, recibe un saludo muy especial extensivo a tu mamá. Siempre la recuerdo con mucho cariño. Hoy sábado es el día en que los jóvenes novicios visitan las comunidades, yo voy a un lugar que se llama Nonkek. Es una visita a la comunidad y celebro la misa en kisamburu. La predicación la hago en kiswahili y el catequista traduce. Poco a poco empiezo a hablar el kisamburu. Es cuestión de tiempo y mucha paciencia. Aquí no hay lluvia. Solo llovió dos días. Y hace mucho calor pero cada día trae sorpresas y hay que disfrutar. Saludos para toda la familia.

El sábado bauticé una viejita que estaba muy enferma. El domingo en la noche se murió y hoy la enterramos. La ceremonia tradicional es muy sencilla.

Aquí nos pasa de todo. Vino una señora muy anciana vendiendo un pescado. Le compramos por hacerle la caridad y al partirlo estaba completamente podrido. La señora que nos ayuda no sintió el olor. Los samburu no comen pescado, no preguntamos de dónde lo sacó. La ingenuidad y el deseo de ayudar nos llevaron a comprarle y cuando nos

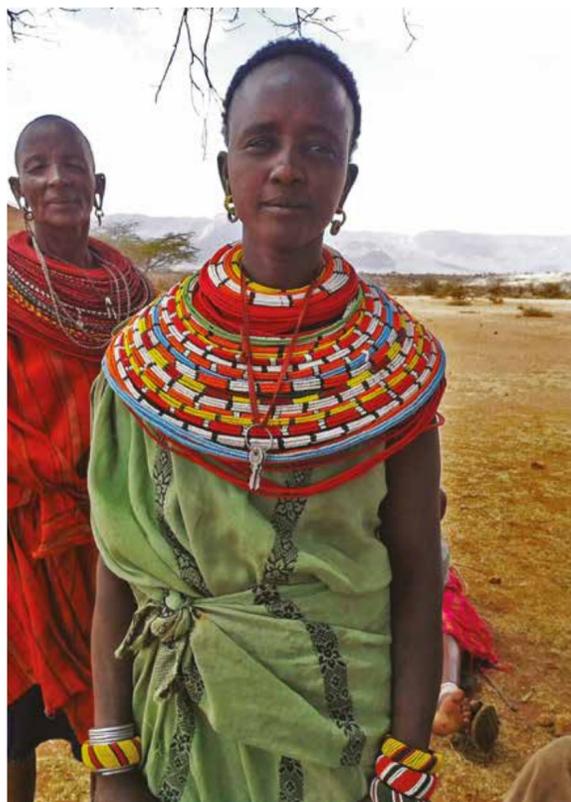


dimos cuenta ya era muy tarde para recuperar la plata. Nos quedamos sin plata y sin pescado, hecha agua la boca. Afortunadamente, no solo de pescado vive el hombre. Este detallito nos indica que los pendejos no sobreviviremos en esta tierra, a no ser que pongamos más cuidado y sepamos a quién debemos ayudar verdaderamente.

Ayer, a media noche, fuimos al hospital de Wamba a llevar un herido. Un hombre sin familia, lo que aquí es muy raro. Algunos habitantes vinieron a nuestra casa a pedir colaboración para transportarlo. Otros se encargaron del agresor. Acá el consumo de licor local es elevado. Las comunidades son conscientes de que el licor es su enemigo, pero la rutina y la falta de trabajo hacen que muchos hombres y mujeres se refugien en él, con consecuencias graves para la gente.

Cecilia Lekuye es una mujer noble. Es consciente de su adicción al licor. Estudió y pertenece a una familia educada y adinerada. Su hermano es senador. Cada día viene a la iglesia a las 6:30 a.m. para la eucaristía. Se nota piadosa, reverente, pero tan pronto sale de la iglesia empieza a consumir licor. El domingo anterior vino pasada de tragos. Hizo preguntas impertinentes y comentarios displicentes, y a mi compañero, el padre Peter Gevera, que presidía la eucaristía, le tocó soportar la crisis de Cecilia. Varias personas la amonestaron y se quedó una semana sin venir a la iglesia. Ayer vino a hacer una visita. Quería disculparse, confesarse y proclamar que no abandonaba su fe y que respetaba a los enviados de "Nkai": Dios. Sus hijos se han desprecupado y vive con su hija menor, Nicoleta, quien estudia primaria en Lodung'okue. Es una niña noble de diez años, con un liderazgo natural. Es acólita y ejemplo para las otras niñas, pero el estigma de la madre borracha la afecta profundamente. Oremos por ellas.

Nuestra parroquia es rural, tenemos muchos centros. El más lejano está a treinta kilómetros y procuramos visitarlos todos cada semana. Ayer tuvimos el "reto en Kanisa", ayuda para la iglesia, que es como un San Isidro. Se invita a personas de afuera y la gente de la parroquia participa con sus cantos. En la mañana recogemos la gente de las comunidades más lejanas y en la tarde los llevamos de vuelta. Se cocina para todo mundo. La comida consiste en frijoles, arroz y carne de chivo. Se consiguen papas en el mercado de la ciudad. Es un evento público y la organización exige mucho esfuerzo.



Cuando fui a recoger la gente de Lpusi, estaban todas las personas esperando debajo de un árbol, y con ellas, las dos mujeres más ancianas que cada ocho días están en la iglesia. Una de ellas es ciega y la más vieja es quien la guía. Todos se montaron al carro menos las dos ancianas. Y cuando ya iniciaba el viaje, la señora ciega me llamó. Quería entregarme su ofrenda. Eran cien chelines, un poquito más de un dólar. Lo hizo con una alegría tal que me llenó el corazón con su paz, su fe, su generosidad. La más pobre de las pobres se desprendió de lo poco que tenía, y ni siquiera fue a la fiesta. Muchos vienen por la comida, otros por las compras, otras vienen con galones para cargar agua, etc. Y esta señora llamada Lekomoisa lo dio todo con tanto amor. Detalles como este son el combustible que nos mantiene en marcha. Vale la pena estar aquí para saborear y digerir muchos momentos como este.

La misa la presidió el obispo. Después de la misa se hizo la recreación y la recolección de los fondos. Recogimos cuatrocientos mil chelines, que son alrededor de 4.500 dólares, con este dinero se financian algunos proyectos de la parroquia. Es el comienzo, y la idea es luchar para que algún día la iglesia sea autosuficiente. Por las circunstancias de sequía y hambre creemos que la gente hizo lo que pudo.

En esta tribu la gente no sabe cuándo nació. Las estadísticas son recientes. La gente sabe cuándo se convirtieron en adultos y a qué grupo generacional pertenecen por la circuncisión e iniciación. Aquí no se celebran cumpleaños, o el día del hombre o la mujer. Aquí se celebra el matrimonio tradicional, la lluvia, el nacimiento de un nuevo ser, el crecimiento del rebaño. Aquí se vive el momento. Muchas gracias por los mensajes y por estar tan cerca.

La vida es demasiado monótona para la mayoría de la gente. Todos los días salen con los rebaños a buscar el alimento diario y regresan por la noche. Normalmente llevan agua y nada más. Esto lo hacen los siete días de la semana, todos los meses, durante todo el año, durante toda la vida. Son pastores. Es su cultura. Por supuesto que hay gente que no hace nada. Esos son los sinvergüenzas que caen en la monotonía de vivir borrachos los 365 días del año.

Hoy fue día de descanso. Nos fuimos con los catequistas y los miembros del concejo parroquial a un mirador donde se divisa el río Nyiro, es santuario de elefantes. Luego matamos dos chivos y la carne asada con papas estuvo riquísima. Los samburu, cuando pueden, comen carne de chivo. Se comen absolutamente todo. Da gusto verlos abrir los huesos con sus cuchillos, para sacar el tuétano. Las tripas las limpian al igual que todas las entrañas y las preparan muy ricas. Bueno, cuando hay escasez todo sabe rico. Se beben parte de la sangre caliente del animal, otra parte la mezclan con leche. El problema es que en la sequía no hay leche, toman té negro, a veces sin azúcar. El gobierno les suministra algo de harinas y ahí van pasando. Pero su gran alimento es la leche, la sangre y la carne.

Los samburu son quizás de las tribus más cerradas y atrasadas de Kenia. Son gente acogedora, transparente, pero igualmente pueden ser cabeciduros y muy violentos. Hace poco los muchachos de la escuela primaria agredieron a su director y casi lo matan. Le dieron varios garrotazos en la cabeza y dicen que querían matarlo. Parece que otro profesor que quiere ser director los instigó a hacerlo. El director es de otra tribu. Los profesores que estaban presentes no hicieron absolutamente nada. Fuimos a visitar al agredido al hospital y estaba de muy buen humor. Agradecido por la vida.

Las mamás en la tribu samburu trabajan demasiado. Van por el agua a varios kilómetros de distancia y se alzan con un tambor de veintidós litros. Hace unos días caminé siete kilómetros cargando quince kilos y pensaba en la fortaleza de estas mujeres. La mayoría son muy delgadas. Ellas cargan la leña, la comida, construyen las casas, cuidan las cabras, preparan la comida, ordeñan y cuando hay fiestas de matrimonio el trabajo se aumenta. Sus hijos son su tesoro y siempre los llevan a la espalda cuando son pequeños. Los aman tanto no solo para quitarles el hambre, sino también para quitarles el dolor o para hacerlos dormir.

Ayer conocí una niña de once años. Vive a nueve kilómetros de la escuela. Todos los días va en la mañana y regresa en la tarde. Esa criatura camina 18 kilómetros cada día. Aquí la gente camina mucho y les rinde. Las vías hacia el interior son caminos de peatones. Nosotros los recorremos en moto. Algunas familias tienen burros pero nunca los usan como medios de transporte.

Estamos en sequía. Los dos últimos años han sido muy secos. La gente va con sus animales a los cauces secos de los ríos de temporal, hacen huecos en la arena hasta encontrar agua. Es labor de todos los días. Se van en la mañana, llevan un galón para el agua, dan de beber a los animales, se bañan, lavan su ropa, y la ponen a secar mientras se bañan. Su ropa es una tela que se envuelven en la cintura y van disfrutando la vida como viene. Es la simplicidad absoluta y su única preocupación es el bienestar de los animales. Un saludo para todos.



Un saludo muy cordial. Esta mañana fui a celebrar la misa y me encontré con el catequista que estaba muy asustado, pues cuando venía y aún estaba oscuro se encontró con un elefante a la entrada de la iglesia. El animal era inmenso, lo miramos un rato y cuando quiso se fue yendo hacia la carretera cerca al pueblo. Un hombre se lo encontró de sorpresa y el elefante empezó a perseguirlo. Le tocó correr mucho y casi lo agarra. Los elefantes a pesar de ser tan pesados corren mucho. Estos animales son muy inteligentes, saben para dónde van, a su propio ritmo, y pueden ser mortales. Los samburu tienen un gran respeto por ellos. El gobierno los protege y tiene muchos guardas cuidándolos.

Este es territorio de elefantes por siglos. Los elefantes tienen caminos determinados, recuerdan a sus muertos, a esta zona vienen a tener sus crías. Esta mañana aquí estaba de nuevo el elefante. Tenemos una cerca de un metro sesenta de alto y el animal pasa por encima sin problemas. Con su trompa derriba las ramas de los árboles. Nuestra cerca se ve insignificante al lado del elefante. El que está cebado aquí en la misión es gigante. África es un paraíso. La variedad de animales es abundante y gran cantidad de turistas vienen a mirar a los animales, que viviendo cada uno a su manera, van hilvanando un concierto que el maestro ha escrito con su puño y letra para deleite de todos nosotros. Lástima que no disfrutamos el concierto y destruimos las trompas y trombones, los rugidos y sonidos que forman el concierto de la naturaleza.

Hoy, como todos los días, fui a bombear agua a cuatro kilómetros de la misión. El pozo está en un lugar solitario y es muy común ver animales salvajes: elefantes, monos, jabilíes, dic dics, cebras, etc. Hoy, cuando llegaba al pozo, dos micos, madre e hijo iban cruzando la vía; pasaba un carro y el pequeño, miedoso, se detuvo en la mitad. La madre pasó y, viendo en peligro al pequeño, se devolvió, lo agarró y lo puso a salvo. Son cosas que suceden en un momento y quedan grabadas en el cerebro. La madre tuvo la capacidad de reaccionar y actuar. Es como ver una obra de arte, escuchar una sinfonía. Es ver la naturaleza actuando en su sabiduría. Feliz día.

Ayer nos ocurrió algo increíble. Un remolino de viento se llevó el techo de la casa de la señora que nos ayuda en la cocina. Nosotros estábamos rezando la oración del mediodía cuando sentimos venir el remolino y el ruido de las hojas de zinc. La señora vio por la ventana cómo se iba el techo y salió corriendo y gritando. Ella pensó que el viento se había llevado toda la casa. Pasamos la tarde con los novicios reparando el techo y solo tuvimos un receso para la oración del viacrucis con la comunidad. Aquí cada día hay una sorpresa. Un saludo muy especial.

El libro para celebrar los treinta años de Latina Stereo está en el horno. Ya hay aroma a salsa y son, ya suenan trompetas y cueros. Desde el 31 de octubre estará servido en su mesa de noche. Por ahora, a modo de entrada, la banda sonora de la crónica de Andrés Felipe Solano gozando el salario mínimo en Medellín durante seis meses.

# Bachillerato con Latina Stereo

por ANDRÉS FELIPE SOLANO

Ilustración: Tobías Arboleda



La salsa no ha sido el centro pero siempre ha estado acunando mi vida desde aquel primer casete de Héctor Lavoe, *Reventó*. La carátula: el dibujo de un hombre, *el hombre*, vestido con traje blanco y corbata amarilla, gafas de sol. Ha salido de un huevo y en la cara, una mueca o una sonrisa, no se sabe bien cuál de las dos. Y yo sentado en la camioneta azul de mi padre, en una pequeña finca que teníamos a dos horas de Bogotá, al lado de una piscina. Suena *De qué tamaño es tu amor*, "cuánto vale para mí, si tuviera que comprarlo...". Me gusta la música a pesar de que la relaciono con fiestas de fin de año y gente caída de la borrachera, con los ojos como los de un pez martillo. Pero no logro comprender del todo por qué ese hombre pregunta por el precio de un amor. Yo debía tener doce o trece años.

Más tarde, a los dieciséis, flaco como una vara de hierro y con acné, llegó a mis manos una compilación de canciones de la Fania gracias a un amigo que no tenía nada de salsero pero que me dijo que en esa música también cabíamos nosotros. Recuerdo mi encuentro con *Sofrito* de Mongo Santamaría. Un *intro* largo, seis minutos en total y tres palabras como letra, un canción de una potencia arrasadora y al mismo tiempo sutil.

Para los dieciocho, cuando prestaba el servicio militar y mi cabeza estaba llena de punk, oí en una tienda *Mujer divina*. Eran los ocho de la mañana y los tenues golpes de marimba y el "shabadabadadaoooo" con el que arranca me dieron ganas de pedir una cerveza.

En la universidad mi vida se cruzó con la de un excantante de un grupo de ska y una caleña arquitecta que había saltado a nuestra carrera, Literatura. Con ellos pasé muchos viernes, después de un seminario de Walter Benjamin, oyendo *Magdalena*, de Frankie Ramírez, en un apartamento de Chapinero, y antes de salir a pedirle más a la noche. El mismo amigo de la universidad me mandó un casete a Nueva Jersey, cuando me fui a vivir allá a los veintidós años, desesperado al no entender qué estaba haciendo con mi vida, si acaso tenía sentido enlodarme con clases de lingüística. El casete sonó muchas veces en una grabadora grasienta mientras lavaba platos en un restaurante de Hoboken, el pueblo donde nació Frank Sinatra. "Satélite llamando a control, no responde", cantaba conmigo una de las cocineras mexicanas. Claro está que cuando aparecía la mesera húngara que me gustaba, con su cara pálida y su maquillaje gótico, de inmediato ponía en la grabadora Joy Division, su grupo favorito.

Finalmente, cuando me hice periodista de tiempo completo y tuve un apartamento en el barrio La Macarena y más tarde otro en La Soledad, en Bogotá, aparecieron un montón de elepés de salsa en mi casa. Los veo regados después de alguna fiesta desbocada y yo frente a un tornamesa buscando *En el balcón aquel* de los Hermanos Lebron. O *Escaracha* de Héctor Lavoe. O *Marejada feliz* de Roberto Roena. O *Diablo* de Ray Barreto. Acababa de sonar *Don't you want me* de Human League pero eso no importaba para nada.

No sé bailar salsa, nunca aprendí. Ni madre, ni hermanas, ni primas me intentaron enseñar. Aun así, una o dos veces al año, envalentonado y amnésico, me lanzo al vacío de la pista con la esperanza de conseguirlo, de llegar a esa cosa tan básica e impostergable para unos que es bailar. Mi última pareja fue paciencia y sonrisa hasta que desbrazamos el camino y luego nos deslizamos como si estuviéramos sobre una tabla de surf. Al final de esa noche salí airoso, aunque sé que por culpa de los tragos di más vueltas de lo necesario. Pasó en Bucaramanga, en Calisón, un sitio con dos largas barras y patio con el santoral de la salsa pintado en una de sus paredes, un lugar al que sé que volveré a riesgo de no tener el valor de moverme de la silla. Aun así una de mis canciones preferidas, junto a varias de The Clash, The Cure y The Kinks, está firmada por Ruben Blades: *El pasado no perdona*. Lo sé, Blades puede ser en extremo literario para algunos pero sucede que soy mejor con las palabras que con los pies, por eso canto apretando los dientes "Ay, ya tú ves / como el que nada sabe / conozco más / que aquel que cree que sabe. / Y aunque pagué/ por mis viejos errores / aún guardo en mí / amargos sinsabores".

Mi promiscuidad entre el rock y la música del Caribe y los barrios latinos de Nueva York fue declarada desde aquellos tiempos universitarios. Sin embargo, entre marzo y agosto de 2007 me levanté y acosté oyendo salsa, nada más que salsa. Por entonces descubrí *Incomprendido* de Ismael Rivera: "Pero yo solo estaré / y juraré que cuando muera / aun así con mi presagio / tendré tu nombre a flor de labios / y moriré". Estaba por el Parque de San Antonio, en Medellín. La oí en un radio pequeño de pilas que llevaba a todos lados como talismán. Tenía treinta años recién cumplidos. Ese año trabajé seis meses en una fábrica y arrendé una habitación en el barrio Santa Inés con la intención de contar en una crónica periodística cómo es vivir con el salario mínimo por una temporada. Fueron días tan luminosos como raros, pero siempre tuve a mano la estación de radio donde oí aquella canción de Maelo que me acompañará hasta que muera.

*Incomprendido* sonó cuando cruzaba una calle, lo recuerdo muy bien. Llevaba el radio sintonizado en la emisora de la que me hablaban dos amigas que fueron mi piso apenas llegué a la ciudad. Astrid y María Elena beben, comen y respiran salsa, charanga, guaguanco, boogaloo. Incluso por ese tiempo se burlaban de mí llamándome *El hombre misterioso*, en referencia al trabajo que estaba haciendo y a una canción de Cuco Valoy.

Así fue como desde el primer domingo en la ciudad, Latina Stereo me cogió de la mano y no me soltó. Como le ha pasado en estos treinta años a tantos otros del barrio, del bus, de la fábrica, del mercado, de la oficina, de la calle.

Latina, así la llamo ahora, confanzudo, sin escribir el apellido, es capaz de espantar cualquier nube negra con solo sintonizarla. Es un bálsamo para el alma. Es el sonido de las palmeras. Puedo oír la cortinilla en mi cabeza pasados ocho años desde la primera vez que la sintonicé.

Latina sonó en una esquina cercana al Parque Berrío, detrás del Hotel Nutibara, donde tomaba en la tarde el bus 069 de regreso a casa, y sonó también en la mañana cuando me bajaba frente a una iglesia en la avenida Guayabal para ir a la fábrica. Cuando caminaba por Carabobo con una bolsa de mango verde con sal, ahí iba yo, bailando en mi cabeza como si estuviera en el mismísimo Club Chita en Nueva York.

En Brisas de Costa Rica, sobre el voltajudo paseo peatonal de Tejeleo; en Son de la Loma, recostado en esa esquina bendita de Envidado; en todos esos sitios a los que me invitaban mis amigas salseras acepto que fui feliz, pero era una felicidad pública. En cambio, con mis audífonos, mirando por la ventanilla del bus el río Medellín en la tarde o subiéndolo por la carrera 45 en la noche, pasando primero por Prado y después en la curva de la estación de gasolina que señala la entrada a Manrique, o tirado sobre la cama un domingo después de una frijolada, la felicidad que me proporcionaba Latina Stereo equivalía a una dosis personal, intransferible, a la medida. *Los cocacolos* de Roberto de la Barrera o *Monín*, de la Orquesta Dicapé, jamás sonarán como sonaban en mi radio sintonizado en 100.9 FM.

Es verdad, conocía cosas, sabía algo de salsa, no era un iletrado, había pasado por el jardín y la primaria pero lo cierto es que me gradué de bachiller con Latina Stereo. Y puedo decir que gracias a ella tengo un par de semestres de educación salsera encima, porque si me concentro lo necesario puedo pedir en un bar de salsa como Calisón algo que sorprenda al DJ. Digamos *El pollino* de César Concepción o *Síguelo* de Javier Vásquez. Y bailar toda la noche aunque no sepa bailar. ☘



#MDE15

# MDE15

ENCUENTRO INTERNACIONAL DE ARTE DE MEDELLÍN

## HISTORIAS LOCALES PRÁCTICAS GLOBALES

OCTUBRE 2015  
MARZO 2016

MUSEODEANTIOQUIA.CO

Un proyecto:

EPM propiciará espacios de diálogo y conversación con candidatos a cargos de elección popular en Antioquia para conocer las realizaciones, la visión y la estrategia de la empresa en función del bienestar y la calidad de vida de los antioqueños.

Para el caso de Medellín, los conversatorios se realizarán de 2:00 p.m. a 4:00 p.m. en la **Cinemateca de la Biblioteca EPM** en las siguientes fechas:

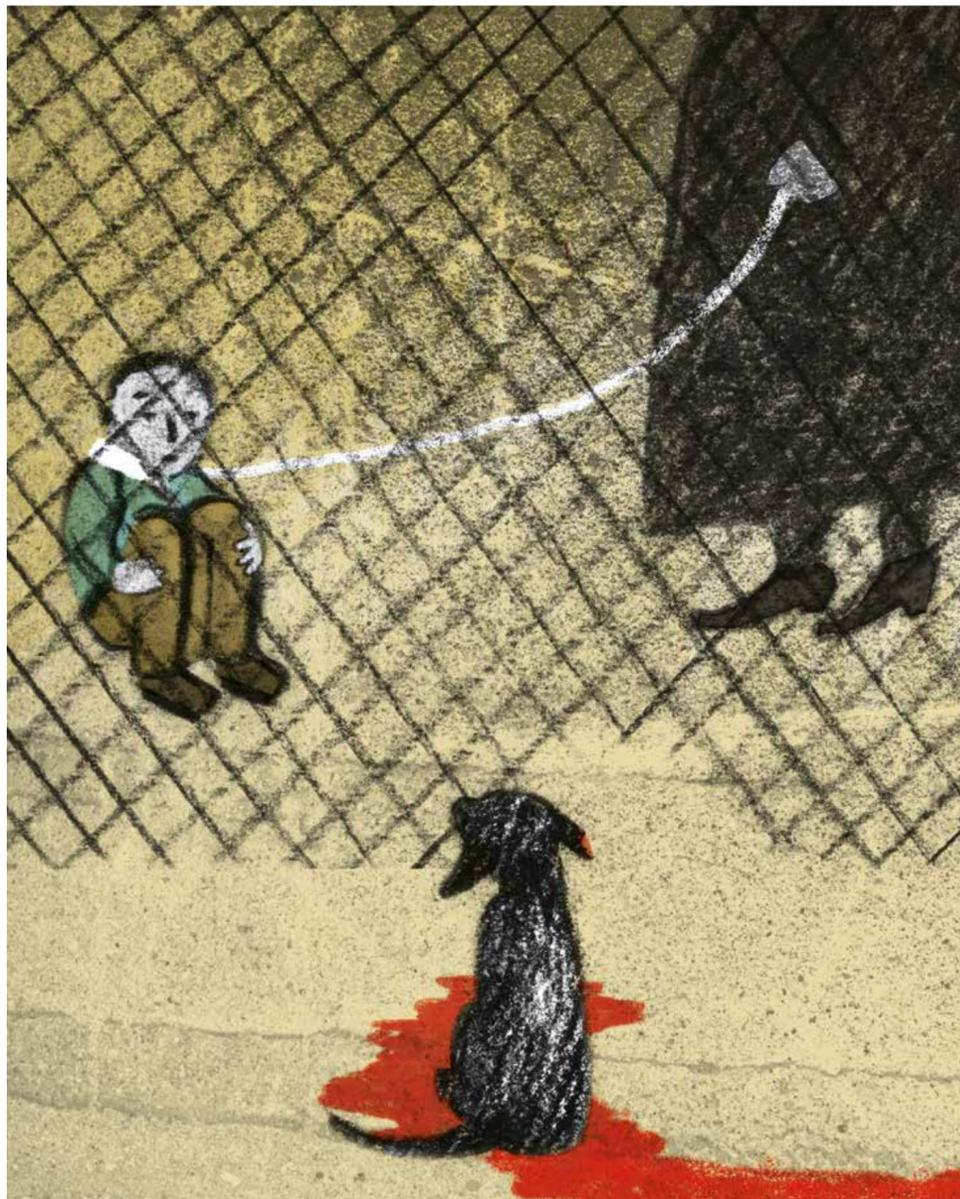
- 15 de julio • 29 de julio
- 12 de agosto • 26 de agosto
- 9 de septiembre • 23 de septiembre

Para el caso de las regiones estas son las fechas y los lugares definidos:

- Urabá (22 de julio)
- Magdalena Medio (5 de agosto)
- Ituango Norte (19 de agosto)
- Oriente (2 de septiembre)
- Ituango Occidente (16 de septiembre)
- Norte (25 de septiembre)

¡Agradecemos y valoramos la participación de las personas interesadas!

60 años | epm <sup>®</sup>  
Innovando al servicio de la gente



## LAS MISAS NO SON PARA LOS PERROS

por J. ARTURO SÁNCHEZ TRUJILLO

Ilustración: Alejandra Congote

El sol parecía enfermo porque no calentó ni mañana ni tarde, aunque se dejaba ver a lo lejos, pálido y cabizbajo. Los estudiantes del liceo —casi todos obligados y renegando— marchaban por las calles del barrio para ir a comulgar en la misa de los llamados primeros viernes de mes, a celebrar la aparición de Cristo a Margarita María Alacoque; una francesa santificada que según los católicos sufriría todos los primeros viernes de mes, hasta su muerte, una experiencia mística: cargar en su cuerpo la llaga del costado de Jesús.

Dicha aparición, que resultó ser una sangrienta visita, se habría dado en 1675, durante la Octava del Corpus Christi. Los adictos a la santa sostienen que Jesús se le manifestó con el corazón abierto, rodeado de llamas, coronado de espinas, con una herida de la cual brotaba sangre y de cuyo interior emergía una cruz... Y que, señalando con la mano su corazón, exclamó: “He aquí el corazón que no se ha ahorrado nada...

en reconocimiento no recibo de la mayoría sino ingratitud.” Luego ordenó el día de cada mes en que se le debería rendir el tributo de una misa y comunión, prometiendo no dejar morir en desgracia a quien le cumpliera puntual. En el fondo no era una mala oferta.

En ese entonces, aquello de sacar malas calificaciones en religión era de lo más temido en esos colegios de santones, dedicados con alma, vida, sotana y vino, al corazón de Jesús. Reprobar la asignatura santa convertía al alumno en algo menos que una cosa sin alma, el ser más execrable y pérfido de la parroquia. Y cargando ese fardo era difícil acercarse a las muchachas.

A mí y a un pequeño grupo de pilluelos que me espejaban en la desobediencia escolar no nos importaba mucho el ritual, pero ese acto “significativo” del desfile con misa a la fuerza, daba un puntaje en la nota definitiva, nuestro juicio final. Y aunque yo aún no había leído *El hombre que calculaba*, sabía que asistir me convenía para ajustar las cuentas.

Cargando una docena de años, este servidor salía apenas de una tumultuosa y malaventurada infancia. Lo que me gustaba de verdad no eran los sermones sino los trabalenguas y trovas que le oía al abuelo Bernardo cuando desajalmaba, en la casa de abajo del barrio Belencito, trayendo sus alforjas llenas de cigarrillos Lucky cinco letras y tabacos. Ahora sé que esas oídas y esos tabacos que me jalé, me abrieron las complicadas puertas de la literatura y de otros humos mayores.

Ese día me levanté temprano. A las siete menos veinte salí de mi casa. Llevaba el flaco maletín que contenía lo básico: una revista de aventuras para leer discretamente en caso de una clase aburrida, un grueso cuaderno de tareas varias, dónde anotar de todo sin formalismos, algún mecato, bien recortes de panadería o mango biche con sal, o salchichón. Y bolas de cristal por si había jugarreta después de clases.

Fue seguramente en mayo que ocurrió ese incidente que recuerdo, pues durante cuatro semanas le tuvimos que rezar todos los días, a eso de las diez de la mañana, el rosario a la Virgen María en el salón de clases. Y fue en el año 1966 porque en esos días, estando en formación en el gran patio que servía para los descansos, el profesor de religión, un cura malencarado, aprovechado y de mente retorcida que abusaba de su autoridad y de aquellos muchachos que inocentemente le contaban pecados mortales en el confesionario, nos dijo alzando la voz y las manos: “Ese bandolero que murió en el monte no tiene perdón de Dios, es una vergüenza para la iglesia, siquiera se murió”.

Se refería al sacerdote Camilo Torres quien recién ingresado a las guerrillas del Eln había sido dado de baja al tratar,

según la retórica zurda, de “recuperarle en combate su fusil al enemigo”. Acción intrépida, heroica y poco recomendable que hizo curso en los códigos de las primeras guerrillas comunistas, hasta que Bateman Cayón, el estratega “loco” del M19, enseñó que era mejor, más barato y más fácil aterrizar en algún río aviones cargados de fusiles, conseguidos en el mercado negro; o hacer huecos bajo tierra que llevaran directo a las armerías de batallones oficiales.

Lo que viví aquel viernes de 1966 en la mañana al ir a recibir clases fue extraño pero al fin y al cabo normal, por estar acostumbrado a rodearme de lo inaudito. Abrí la puerta de mi casa y vi dos grandes perros asediando a un tercero; una chanda de pelambre negra con manchas blancas y amarillas, que tenía mocha la oreja derecha y la cola visiblemente desnutrida. Era un callejero.

Un atacante le mordía la pata delantera izquierda de donde salía sangre, y otro trataba de agarrarle el cuello. En medio de la perrada se escuchaban súplicas a la vez cargadas de la furia y la angustia del vencido. Si se tradujeran estos conmovedores sonidos al lenguaje humano, quizás se escucharía algo como esto: Ayyy, ¡ayuda! ¡Auxilio! ¡So-corro! Súeltenme faltones, de a uno, de a uno, lagañas, garufas, ¡hijueputas!

Acudí en su ayuda, porque aún sin creer en el cielo o esperarlo, siempre he sido un metido obligado cuando las cosas cojean, se inclinan de forma injusta y desmedida. Zapateé la acera y cogí dos piedras que lancé contra una caneca de basura al lado de la gazerapa, esperando amedrentar con el estruendo a los pandilleros, y lo logré.

La alegría y agradecimiento del orejimocho fue grande. Se me abalanzó y de un zarpazo trepó a mi camisa blanca donde quedaron sus huellas. Luego de derrumbarme saltó sobre mi rostro y sobaron lambetazos. Para liberarme, tuve que despedirlo y correrlo a punta de maletín.

Me retiré apurado porque en esa cárcel escolar cerraban la puerta de entrada a la hora en punto. Y a veces antes. Era la tercera institución que pisaba en tres años y esperaba que no me dieran nuevamente boleta de expulsión. Algunos coordinadores de disciplina nunca estuvieron a la altura del libre desarrollo de mi personalidad.

El animal empezó a seguirme; supe que me había nombrado su amo, sin consultar. Cuando llegaba a la gallera del barrio, a una cuadra de mi destino, un sitio oscuro donde los precursores de los primeros mafiosos tenían crías de pelea para matar el tiempo, pensé que el can debía despegarla por el bien de los dos. Nuestra sociedad había terminado hacía rato. Y era obvio que ya no podíamos estar juntos, ser camaradas: las misas no son para perros.

Especulé acerca de todo lo ridículo y problemático que sería que el tercero compañero se me arrimara en la formación o en la misa, y me le paré enfrente: ¡huch!, resoplé y lo hice alejar unos metros. Varias veces repetí la acción sin resultados. El retrocedía y luego bailando en la cola me alcanzaba otra vez. Salí corriendo, di vueltas a varias manzanas e ingresé tarde al patio de donde ya se disponían a salir. El profesor cura que se cuentaaba con el rector en un promontorio de cemento “delante de la tropas”, me miró manicruzado mientras me incorporaba tarde a la filas. En el aire juvenil de aquel recinto se escapó un jocoso murmullo.

Estábamos a punto de abandonar el patio y observé preocupado cómo, saltando una grieta que daba a los solares aledaños del edificio, entraba de nuevo el de las cuatro patas, husmeando y mirando fijamente los rostros. No será difícil imaginar que buscaba a su ahora desgraciado protector. Dieron la orden de partir y salimos al fin, pero solo después de que cerraron la puerta de entrada y ya tomando la calle cercana a la iglesia, pude confirmar que mi pesadilla había quedado atrás. Descansé...

No he sido creyente, ni ovejita en el corral de nadie. Me describí precisamente cuando, después de leer buenos libros, renuncié a soportar dócilmente el peso infame de los latigazos benditos que me dieran por ser considerado con razones un pequeño demonio. Y fui mucho más descreído al conocer a ese cura insoportable, con sus manías que contradecían la moralina que balbuceaba en clase, con su fino y grueso cristo de madera negra terciado en el cinto, que le servía de cachiporra.

Sin embargo, y a pesar de mi temprana sospecha anticlerical, ese día le pedí a algún dios por última vez, al dios de los perros si existía, que en compensación por mi acto de solidaridad tan de mañana, me librara de aquella bien agradecida compañía, pues haría peligrar mis calificaciones con catastróficas consecuencias. Alguien me había soplado que en la familia solo esperaban un nuevo resbalón para recluirmen en el preventivo.

Ignoramos hasta dónde llega la gran lealtad de esos sujetos con cola y olvidamos que no están envenenados con astucias políticas. Sabemos sí, con alegría o con creces, que una criatura de estas encuentra a cualquiera solo siguiendo el olor que quedó grabado en un grano de azúcar, una miga de pan, o un miserable pelo caído del bigote.

Estando en la sagrada elevación, ya dada por terminada la fábula, apareció de nuevo “perrito”, olfateando desesperado en una puerta lateral a tres o cuatro metros del tablón donde me encontraba sentado. Aproveché para arrodillarme antes de que me pillara, y

cuando empezó a revisar detenidamente las hileras, me arrastré hacia el corredor central, llamando la atención de un auditorio que quedó sorprendido e incrédulo ante mi huida. El propio oficiante se desconcentró, la solemnidad del sacramento fue desbaratada.

Agachado con mi ruina, salí de un brinco del templo. Los gestos grotescos del cura, que apretaba los puños, me anunciaron la tormenta. Huí, eché a correr hasta la esquina y tomé un bus para el centro, pero me bajé a un tercio del camino, en los billares de la placita de la América con el fin de relajarme. A pesar de mi corta edad podía entrar al lugar por cortésia de algunos camajanes que me conocían “con la buena”. En esa guarida encomendé mi alma al juego de cartas. A las dos de la tarde campanearon que la policía andaba de batida en los alrededores y me tocó salir.

Supe luego que mi incondicional amigo canino, terminada la eucaristía de aquella mañana amarga, fue sacado a escobazos, con mucha dificultad, por el sacristán y varios devotos. Y después escuché algo en una tienda del Segundo Danubio, que me dio pistas sobre la posible causa de la bronca canina en la que estuve metido. Mi protegido, que no se sabe de dónde apareció, aventurero o desplazado, gustaba tener como novias a todas las hembras de su especie en esos territorios y había preñado unas cuantas en un descuido de sus amos, mientras las tiraban a ensuciar jardines. No solo lo querían fuera de allí o linchado los viejos alfa, también algunos paisanos amenazaban con matarlo y hacer salchichas.

Quise ver de nuevo ese perro que al final me caía bien. Lo busqué muchas veces en las calles y solares de ese barrio que apenas empezaba a construirse en una orilla de la comuna 13 de Medellín. Me sobraba ya tiempo para atender su amistad, y quería que subiéramos juntos a las frutecidas mangas del convento de la hoy santísima Madre Laura. Ahí se podían conseguir gratis, aunque a la carrera y saltando cercas, jugosos y grandes mangos que generosamente daba la naturaleza.

Sí. Tenía tiempo de sobra porque tres días después de ver ese sol enfermo; el lunes a las siete y media de la mañana, apenas llegado al Liceo San Javier, fui llamado a la rectoría. Defraudado entendí que los actos piadosos con animales no valían en esta iglesia, ni en ninguna.

Mientras yo abría los ojos callado, prevenido y berraco, el cura me gritó una cosa muy parecida a la que dijo de Camilo Torres, y el rector me escupió la noticia: Tenía nada en religión por sabotear las celebraciones y quedaba expulsado, por ser el único alumno en la historia de la institución que se había cagado en la misa. Amén. ☹

Cheesecake

**Kaldi Kaffe**

Planetario de Medellín  
entrada principal  
Tel: 263 2511

Carlos E Restrepo calle 53 # 64A 31  
tel: 260 1355

Panadería natural, cafés de origen

**Alemán Pues**  
—Restaurante & Cervecería—

Salchichas y cervezas alemanas

Cra 43B No. 11-76 Calle de La Buena Mesa  
Tel: 268 44 20 - El Poblado



Ante la queja que pregona cada cierto tiempo la escasez de pauta y otras penurias de esta casa editorial, no faltan los lectores que piensan que aquí, a duras penas, hay plata para cubrir lo que pasa en las cuerdas del Centro... Pueden andan muy equivocados ya que Universo Centro logró aforar un reportero, con todo y carné, para la ciudad de Turbo. Allí nuestro enviado especial, con el apoyo de la flota Rápido Ospina, tuvo la misión de entrevistar a 'La Turbina' Tréllez, esa gloria del balompié nacional (jugó en Nacional). Además de pasar las verdes y las maduras, entre canchas, bares y plataneras; este ojo bárbaro obtuvo una instantánea del Urabá profundo que bien vale un apunte.

La postal de puerto nos recuerda en principio al cartel clásico "Yo vendí a crédito, yo vendí al contado". Como sabemos, la imagen de la izquierda es siempre la que presagia la ruina de vender al fiado; la de la derecha, por el contrario, alude a la prosperidad del que solo vende al ritmo del chan con chan, que es como suena el dinero cantante y sonante.

En la tienda de la izquierda parece que venden de todo menos las comidas que muestra su anuncio: ¿una cantina disfrazada de comederío?, ¿una tienda de minutos con tufillo a garito? Hay dos compadres que quieren hacernos creer que solo refrescan el bochorno del Caribe con una sola cervecita. Uno de ellos hasta se congracia con el lente del mirón.

Pero si vemos en detalle la mesa, hay adelante un envase vacío de pola, solo que detrás suyo asoma una botella de whisky enchuspada con torpeza, para disimular. No se sabe ante quién

guardan las apariencias: ¿una esposa acuciosa?, ¿el inspector de rentas?, ¿algún pedigüño? Son las dos de la tarde, según el reloj del local vecino. Una hora cargada de sofoco, de mal agüero para trabajar, dirán con razón estos nativos.

Es posible que el dueño de la izquierda sea un cantinero cegatón, que no se percató de que sus clientes beben de contrabando, sin pagar la descorchada.

Una cervecita no hace verano. Pero queda la venta de llamadas para bandearse. La oferta dice que vale 99 pesos el minuto, lo cual rinde mucho si sabemos que el tiempo en el trópico pasa más lento. Imaginamos también la cantidad de monedas de peso que necesita este parroquiano para devolver...

A la derecha, separado por una frontera invisible está don Próspero. En tres puntá, recién almorzado, el hombre parece arrullado por la marea de la siesta, un palillo sobresale de su boca como remo de boga. Pero tras esa mansa placidez su mirada revela a un ser pragmático. Ofrece las gallinas crudas que otros cocinarán. Él no se complica, lo suyo es la espera del centavo seguro, junto al buque varado del refrigerador. No parece inquietarle lo que pasa allá enseguida: hombre sabio.

Solo el nombre de su local es todavía un enigma. La tienda se llama El Tancon. Y dadas las prisas del reportero, no se pudo indagar por qué le puso así. Wikipedia dice que Tancón es una población de la Borgoña francesa. De entrada no creemos que provenga de allí, pues en la tienda no hay vino ni pa remedio. Tal vez tancón es un tanque grande, un cipote de tanque y nada más. Al fondo suena la canción de Rodolfo Aicardi: chan con chan, chan con chan... ☺

# CHAN CON CHAN

por FERNANDO MORA

Fotografía: Juan Fernando Ospina

Cinco años se dicen rápido, pero en ese tiempo se realizan cosas imprescindibles para los hombres

## Hay palabras que se dejan de lado...

Achilado, agallinado, agalludo, achajuanado, achantado, achucutarse, achubarse, achaque, achicar, achichay, atulamp... ayudado, atenido, bacano, bambazo, barajo, bebeco, birolo, bitute, birrioso, bololó, boroló, bororó, borcino, bolsón... botalón, botarata, botarate, botalón, cabriar, cachaco, cagueta, calambombo, calambuco, calanchín, camaján, canchero... cansón, cantaleta, carajo, carranchil, cirirí, conchudo, ¿cómo ño?, coroto, cosíanfira, cucurucho, cucha, cuchareta... culequera, cuchara, cuereada, culeco, cusumbosolo, desabrochado, descachalandrado, desconchinfado, despiporre... embejucarse, emberrincharse, emberrionarse, empericarse, emperarse, empetacarse, empraizar, empuntar, encaban... enjiquerar, engüetarse, enguaralar, enguatinar, entongao, entumido, escurrido, empolvao, frondio, guache, jediondo... indio, ideático, jodido, lombriciente, lungo, manguiancho, embeleco, mecato, meto, misiá, míster, muán, montañerada...

## Hay obras y autores con los que jamás sucederá el olvido...



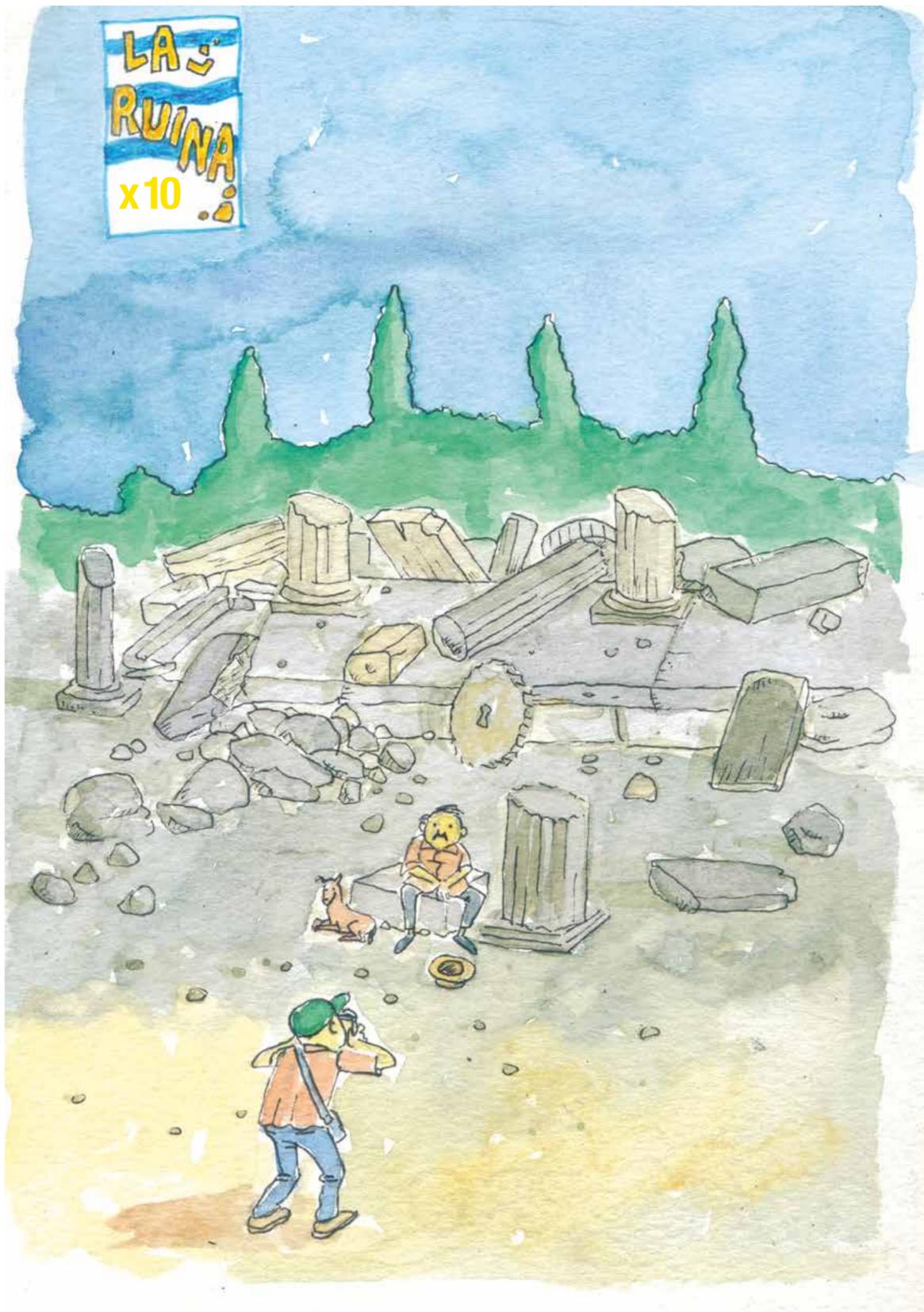
Ediciones Unaula  
cinco años de buenos libros



-- NARRATIVAS --  
PARQUES DEL RÍO MEDELLÍN  
Concurso

Sabías qué niños, niñas, jóvenes y adultos hacen parte de nuestro concurso Narrativas Parques del Río Medellín

Tú también puedes participar  
Infórmate y conoce todo sobre el concurso ingresando a:  
[www.PARQUESDELRIOMEDELLIN.com](http://www.PARQUESDELRIOMEDELLIN.com)  
Premios, inscripciones, categorías, galerías, noticias y mucho más...



## ¿PUEDE LA PORNOGRAFÍA TRASLADARSE AL ESCENARIO Y TOMAR UNA ESTRUCTURA NARRATIVA?



El sexo demarca un pensamiento oculto y tal vez prejuicioso. No nos atrevemos a dar a conocer nuestros más profundos gustos que a la vez encierran nuestros más íntimos secretos. Somos seres de pulsiones, sentidos, expresiones, estamos encaminados por el descubrir y el sentir. Esto es lo que experimentamos en las obras del grupo de teatro erótico Divina Obscuidad.

Divina Obscuidad es un colectivo de artistas que tiene su origen en una investigación exhaustiva sobre "Pornografía y teatro" realizada por Antonio Úsuga Monsalve, actual director y guionista de este grupo, además autor del libro titulado "La dramaturgia del porno".



Divina Obscuidad se une con la empresa de productos para adultos más grande del país, Sexo Sentido, y forman lo que el 15 de agosto será Sala Sentidos, la primera casa de teatro erótico del país y la primera galería de teatro erótico de Colombia. En Sala Sentidos habrá capacitaciones, charlas, talleres Bondage, cursos de Pole Dance, Tertulias y todo lo que el sexo seguro abarque estará en este magnífico espacio.



Inauguración: 15 de agosto  
Entrada solo con reserva  
Cupo: 120 personas  
Informes y reservas: 2340226  
Cra 80 N°49-64

Apertura de la sala con el estreno de la obra  
**Por favor siéntate en mi cara.**  
En escena del 15 al 31 de agosto.  
Exposición de fotografía erótica de la serie Divina Obscuidad.

[www.cinéfagos.net](http://www.cinéfagos.net)

cine colombiano · crítica de cine  
artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas

Acuario - Vivario Parque Explora, anfibios,  
reptiles y artrópodos... Piel entre las piedras.

parque  
**explora**  
MEDELLÍN

# CANTAN LAS RANAS

Los anfibios salieron de los pantanos primordiales hace 360 millones de años y hoy desaparecen a ritmos desconcertantes. 200 especies que veíamos en los años 80 ya no existen.



El Parque Explora promueve el conocimiento y el respeto de la diversidad como signo rotundo de la vida.

SÍGUENOS:



ParqueExplora



parqueexplora



@parqueexplora

Más información: [www.parqueexplora.org](http://www.parqueexplora.org)

Patrocina el Vivario:



ARGOS



Medellín  
todos por la vida



Alcaldía de Medellín